EL CASINO

DRAMA EN TRES ACTOS Y EN VERSO

ORIGINAL DE

JUAN ANTONIO CAVESTANY

Representado por primera vez en el TEATRO DE APOLO,
á beneficio de Doña Concepcion Marin, el dia 9 de Enero de 1879.

MADRID

IMPRENTA DE FORTANET

29—CALLE DE LA LIBERTAD—29

1879

R 20488

AL EXCMO. SEÑOR

DON GASPAR NUÑEZ DE ARCE,

En testimonio de gratitud y de verdadero cariño,

Juan Antonio Cavestany.

REPARTO.

PERSONAJES.	ACTORES.
ISABEL.	Doña Concepcion Marin.
MAGDALENA.	» Antonia Contreras.
ANTONIA.	» Cármen Fenoquio.
LORENZO.	Don Antonio Vico.
EL CONDE.	» Fernando Altarriba.
DON GASPAR.	» Ricardo Morales.
ROBERTO	» José Luna.
ISIDORO.	» José Gonzalez.
PACO.	» Enrique Sanchez de Leon.
ANDRÉS.	» Enrique Oliva.

La escena en Madrid. — Época actual.

Entiéndase por derecha é izquierda la del actor.

ACTO PRIMERO.

La escena representa uno de los salones del Casino, amueblado con todo el lujo posible. Mesas de tresillo, ajedrez, veladores pequeños para tomar café, divanes, butacas, etc., etc.

ESCENA I.

ROBERTO, ISIDORO, PACO Y ANDRÉS.

(Isidoro, Paco y Andrés aparecen jugando al tresillo en una mesa colocada en segundo término de la izquierda. Roberto está sentado á la derecha, junto á un velador, tomando café y leyendo un periódico. En un velador inmediato está *La Ilustracion.*)

ANDRÉS. ¡La saqué!

ISIDORO. ¡Pues yo te juro (A Paco.)
que á no ser por tu bobada!...
Aquel tres...

ANDRÉS. ¡Mala jugada!

ISIDORO. ¡Era el codillo seguro!
¡Todo por no discurrir!
¡Si las copas son su fallo,

deja correr el caballo
y quédate á ver venir!

PACO. Ha sido una distraccion.

ISIDORO. ¡Quien juega no asa castañas!

PACO. ¡Eso es... pierdo y me regañas!
¡Pues es una diversion!

ISIDORO. ¡Por tí no he dado un codillo!

PACO. ¡Pero si yo no sabía!...

ANDRÉS. No pienses tanto en Sofía
cuando juegues al tresillo.

PACO. Si me empezais á embromar
así, no sigo jugando.

ISIDORO. Ayer tarde la ví hablando...

PACO. ¿Con quién?

ISIDORO. Con un militar
que la estaba haciendo el bú.

ANDRÉS. ¿Y lo escuchas con cachaza!

PACO. ¡Si es su primo!

ANDRÉS. Por la traza
el primo vas á ser tú.

ISIDORO. Tú las das. Anda ligero. (A Paco.)

ANDRÉS. Hermosa puesta me entregas.
(A Paco, tomando las fichas del platillo.)

ISIDORO. ¿Y tú, Roberto, no juegas?
¿Qué lees?

ROBERTO. *El Noticiero.*

ISIDORO. ¿Eres... político?

ROBERTO. No:
mas, sin embargo, me agrada...

ISIDORO. ¿Y qué dice?

ROBERTO. Hasta ahora nada.

PACO. Tú eres mano. (A Andrés.)

ANDRÉS. Juego.

ISIDORO. ¡Y yo!

(Siguen jugando.)

ROBERTO. ¡Magnífico...! ¡De esta vez
(Despues de fijarse en el periódico.)
no corres, progreso, vuelas!
« Se han cerrado tres escuelas (Leyendo.)
» en la ciudad de Jerez:
» mas como el pueblo citado
» sabe gastar sus tesoros,
» se abrió una plaza de toros
» y hubo un lleno rebosado. »
¡Es cosa que maravilla!
¡No me queda más que oir!
« Se trata de construir
» un hipódromo en Sevilla. »
¡Son las maneras mejores
de esparcir la ilustracion!
« Se negó la subvencion
» al Congreso de escritores. »
A los caballos dan oro,
y á éstos ni un grano de anís.
¡Vamos!... ¡En este país
hay que ser caballo ó toro! (Sigue leyendo.)

ANDRÉS. Sólo de espadas.

PACO. ¡Canario!

ANDRÉS. Puedo tenderlo. Es de ley:
cuatro estuches, este rey,
y un triunfo si es necesario.

ISIDORO. ¡Qué suerte tienes, bergante!

ANDRÉS. ¡Pechs!

PACO. ¿Te quejas?

ANDRÉS. No por cierto.

(Se levantan, acercándose á Roberto miéntras Isidoro y Andrés arreglan las fichas.)

PACO. ¿Qué tal anoche, Roberto?
¿Te divertiste?

ROBERTO. Bastante.

PACO. ¡Buen baile! ¡No faltó nada!
Hasta la Condesa fué.

ANDRÉS. Pues eso es raro.

PACO. ¿Por qué?

ANDRÉS. Como ella está retirada...

ISIDORO. No juzgues tan de ligero;
fué Lorenzo y... (Con intencion.)

PACO. Vamos... ¡ya!

ISIDORO. Y ella...

PACO. ¡Es claro... Siempre va
la soga tras el caldero!

ROBERTO. ¿Vais á dar crédito ahora?...
(Dejando el periódico y levantándose.)

ISIDORO. ¡Ya lo creo!

ROBERTO. ¡Qué locura!
Os digo que se murmura
sin razon de esa señora.

ISIDORO. Qué enredos tan singulares.
ROBERTO. Son quimeras... desvaríos.
ISIDORO. ¡Hombre, si esos amoríos
se han hecho ya populares!
ROBERTO. Piensas mal.
ISIDORO. No me convenzo;
chico, es inútil tu empresa.
ROBERTO. Afirmo que la Condesa
no es amante de Lorenzo.
Son... amigos, y el cariño
más sincero los enlaza.
Lo sé muy bien.
ISIDORO. Por la traza,
tú me tomas por un niño.
ROBERTO. Ella es buena, virtuosa,
respetable...
ANDRÉS. Por mi cuenta
ya rayará en los cuarenta.
ISIDORO. Pero chico... ¡Es tan hermosa!...
¡Qué pocas así se ven!
PACO. ¡Es *trés fashionoble!*
ANDRÉS. ¡Bravo!
ISIDORO. En eso el buen gusto alabo
de Lorenzo.
PACO. Y yo tambien.
ROBERTO. Sin ningun motivo infieres...
ISIDORO. Me haces muy poco favor;
no vive oculto el amor,
y ménos en las mujeres.

Basta con no ser un zote
para probar su doblez.

ROBERTO. ¡Yo salgo por su honradez!

ISIDORO. ¡Pues es hacer el Quijote!
Nuestros cálculos son ciertos
y es preciso convencerse.
Ya no está en moda meterse
á desfacedor de entuertos.
Loco estás.

ROBERTO. Loco estaré;
mas quien de hidalgo blasona...

ISIDORO. ¡Eres la primer persona
á quien negarlo escuché!

ROBERTO. Si yo sólo tal maldad
he rechazado altanero,
es porque soy el primero
que os ha dicho la verdad.
¿No la creeis?... ¡Adelante!
Para quien el mal desea
no hay verdad como no sea
una verdad infamante.
Si en lugar de defender
lo que intentais calumniar,
me hubiérais visto atacar
el honor de esa mujer,
ninguno hubiera sentido
la duda que ahora os asalta.
¡Es triste ver que hace falta
mentir para ser creido!

ISIDORO. ¡Magnífico!
PACO. ¡Buen sermon!
ROBERTO. En su moraleja piensa.
ANDRÉS. Yo te perdono la ofensa
en gracia de la intencion.
ISIDORO. ¡Es profundo!
PACO. ¡Peregrino!
ISIDORO. Si no has terminado, acaba.
ROBERTO. Perdonadme; me olvidaba
de que estoy en el *Casino*.
Para hablar de algo formal
no es el sitio conveniente.
ISIDORO. Nunca ví más excelente
predicador de moral.
Tu intento al hablarme así
comprendo parte por parte;
mas ahora voy á probarte
que eres injusto.
ROBERTO. ¿Yo?
ISIDORO. Sí.
Vas á saber lo que pasa.
Despues que el baile acabó
anoche, volvia yo
tranquilamente á mi casa.
Por una calle desierta
caminaba distraido,
cuando sentí un leve ruido
al pasar junto á una puerta.
Ya la aurora despuntaba,

y á la luz del nuevo dia
ví que un sujeto salia
y que la puerta entornaba.
No le conocí, que el mozo
en su capa se envolvió;
mas cuando solo se vió
bajó de nuevo el embozo;
y entónces, fácil empresa
me fué ver, como queria,
á Lorenzo, que salia
de casa de la Condesa.

ROBERTO. Pues ni áun así me convenzo.

ISIDORO. ¿Aún te sostienes?...

ROBERTO. Sí, á fé.

ISIDORO. Si niegas lo que se ve
no hablemos.

ROBERTO. (¡Pobre Lorenzo!)
Es su amistad acendrada.

ISIDORO. Muy acendrada ha de ser
amistad que obliga á hacer
visitas de madrugada.

ROBERTO. Si acompañó á esa señora
despues del baile á su casa...

ANDRÉS. Eso á cualquiera le pasa.

ISIDORO. ¡Pero entrar dentro á esa hora!...

PACO. ¡Digo!... ¡Y el Conde que ha estado
más de tres meses ausente!...

ANDRÉS. No faltará quien le cuente...

PACO. Esta mañana ha llegado.

ISIDORO. ¡Oh! ¡Pues su entrada es triunfal!
PACO. Y si descubre el belen...
ISIDORO. Los maridos nunca ven...
PACO. ¡Hola, Lorenzo!... ¿Qué tal?
(Viendo á Lorenzo en la puerta del foro.)

ESCENA II.

Dichos Y LORENZO.

LORENZO. Señores... (Entrando.)
ANDRÉS. ¿Tú por aquí?
ISIDORO. ¿Qué rareza es esta, chico?
Te pasas meses enteros
sin venir por el *Casino*.
LORENZO. Ahora estoy tan ocupado...
PACO. ¡Ya lo creo! (¡Digo, digo!)
(Aparte á Isidoro.)
ANDRÉS. Los ingenieros de fama
no dependen de sí mismos.
PACO. ¿Y qué tal el baile anoche?
¿No es verdad que fué magnífico?
LORENZO. Sí. (Con indiferencia.)
PACO. ¿Te divertiste mucho?
LORENZO. Pasé el rato.
PACO. Allí te vimos
hablando con la Condesa.

¡Qué guapa estaba!

LORENZO. ¿Eh?

(Ya receloso del tono intencional de Paquito.)

PACO. (¡Qué pillo soy!)

ROBERTO, (No les des importancia.) (A Lorenzo.)

ISIDORO. (Me parece que á Paquito
le van á arrimar un palo.) (A Andrés.)

PACO. ¿Sabes que el Conde ha venido?

LORENZO. Sí, ya lo sé.

ISIDORO. Como es
presidente del *Casino*,
y esta noche celebramos
un gran baile, no ha querido
dejar de asistir.

LORENZO. Es justo.

ISIDORO. Ahí le tienes ahora mismo
con su mujer y su hija.

LORENZO. ¿Dónde?

ISIDORO. Aquí.

ROBERTO. Es cierto: han venido
para que den su opinion
sobre los preparativos
del baile.

LORENZO. Es muy natural.

PACO. ¡Ya lo creo! (A Lorenzo, con interés.)¡

ISIDORO. (Cierra el pico (A Paco.)
que te va á pegar Lorenzo.)

PACO. (Hombre, no... pues yo ¿qué he dicho?)

ANDRÉS. Las mujeres para eso
tienen un gusto exquisito.
ROBERTO. Tú no sabes las señoras
que con ese objeto mismo
han venido esta mañana.
¡Esto está concurridísimo!
ISIDORO. Paco está hoy en su elemento.
PACO. ¡Un ramillete escogido
de muchachas! Las de Torres,
la marquesita del Pino,
las de Aguilar...
ANDRÉS. ¿Y Sofía?
PACO. ¿Eh?
ISIDORO. De esa está prohibido
hablar. Es su novia, y basta.
Con eso todo está dicho.
PACO. No sigais con vuestras bromas
porque entónces me retiro.
ISIDORO. Nada; sigue la revista.
PACO. ¡Ah! La Condesa ha venido (A Roberto.)
con Magdalena.
ROBERTO. Me alegro. (Muy serio.)
PACO. ¡Hombre!... ¡Ya lo creo!
ISIDORO. (¿Has visto
(A Andrés.)
que cara ha puesto Lorenzo
cuando hace un momento he dicho
que estaba aquí la Condesa?)
ANDRÉS. (¡Como está con su marido!...)

ISIDORO. (¡Chist!... aquí se acercan ya...)
CONDE. Entrad, entrad; son amigos...
(Apareciendo por la izquierda con Isabel y Magdalena.)

ESCENA III.

Dichos, EL CONDE, ISABEL Y MAGDALENA.

ISIDORO. A los piés de usted, Condesa.
ANDRÉS. ¡Oh! señoras...
PACO. (¡Ya se han visto!)
(Isidoro notando las miradas de Isabel y Lorenzo al saludarse.)
ISABEL. (¡Lorenzo aquí!)
ROBERTO. Magdalena...
(Acercándose á ella.)
CONDE. ¡Oh!... ¡Lorenzo!... ¡Amigo mio!...
¿Qué tal?
LORENZO. Muy bien, señor Conde.
CONDE. ¿Cómo usted por estos sitios?
PACO. (Pues, hombre... ¡y le da la mano!
¡Me dan rabia estos maridos!)
CONDE. ¿Por qué no os sentais un rato
(A Isabel y Magdalena.)
á descansar? Hace un siglo
que estais de pié.
MAGDAL. Sí; sentémonos.

(Isabel se sienta en un divan ó butaca á la izquierda; Magdalena en otra butaca del centro, más en segundo término y cerca del velador donde está *La Ilustracion* y algun otro periódico. Roberto permanece á su lado hablando con ella.)

ISIDORO. ¿Y qué tal le han parecido
esos salones? (A Isabel.)
ISABEL. Muy bien.
MAGDAL. Cierto; están elegantísimos.
Luégo, con luz, han de hacer
un gran efecto.
PACO. ¡Oh! ¡magnífico!
ISIDORO. Y usted ¿cómo lo ha pasado
por esos campos? (Al Conde.)
CONDE. Ha habido
de todo. Con el mal tiempo
me aburrí mucho al principio.
Despues me hice cazador:
tengo allí un coto...
PACO. (¡Otro indicio!)
CONDE. Y aquí ¿qué tal?
ISIDORO. ¡Oh! ¡Muy bien!
A la Condesa la he visto
en algunas reuniones.
CONDE. Lo sé; todo me lo ha escrito.
ISIDORO. Ayer estuvo en el baile
de los Marqueses del Rio.
Allí la ví con Lorenzo.
CONDE. Lorenzo es un buen amigo
de nosotros.

LORENZO. Señor Conde...
CONDE. Ya sabe que yo le estimo
mucho.
LORENZO. Y nadie más que yo (Con expresion.)
lo agradece.
PACO. (¡Qué maridos!) (A Andrés.)
ISIDORO. Es natural.
ISABEL. (¡Me estremecen
sus palabras!)
LORENZO. Con permiso
(Reprimiendo el disgusto que le causa la ironía de Isidoro.)
de ustedes...
CONDE. ¿Qué? ¿Se retira
tan pronto?
LORENZO. No.
PACO. (¡Qué intranquilo
está!) (A Andrés.)
LORENZO. Voy á recoger
las tarjetas que un amigo
me ha encargado para el baile
de esta noche. (A Roberto.)
(De este sitio
no te apartes miéntras ellos
no se marchen.)
ROBERTO. (Ya he entendido.)
LORENZO. (Son tan imprudentes!...) Vuelvo
en seguida. (Saluda y se retira por el foro.)
PACO. Y yo en dos brincos

voy á ver si están corrientes
la infinidad de ramitos
que he encargado...

ISIDORO. ¡Ah! sí; es verdad.
(En tono de burla.)
No lo descuides. ¡Paquito
es... el florista del baile!

ANDRÉS. ¡Y á más, secretario adicto
del movimiento!

CONDE. Muy bien.

PACO. Es mi comision.

MAGDAL. (¡Qué insípido
es ese jóven!) (A Roberto.)

PACO. Señoras... (Saludando.)
(¡He hecho efecto!) (Váse por el foro.

ISIDORO. Compromisos
no faltan: ahora recuerdo
tambien que el Marqués del Rio...

CONDE. Nada, nada; por nosotros
no se detengan; que olvidos
de esta clase, las muchachas
no los perdonan.

ISIDORO. ¿Han visto
(Señalando la puerta de la derecha.)
ustedes el tocador?

CONDE. Ahora entraremos.

MAGDAL. (Prohibo (A Roberto.)
que te apartes de mi lado.)

ROBERTO. (Bien.)

ISIDORO. Señoras... (Saludando.)
MAGDAL. (Te lo exijo.) (A Roberto.)
ROBERTO. (Bueno, mujer, no me iré.)
ISIDORO. ¿Vienes, Andrés?... (Desde el foro.)
ANDRÉS. Ahora mismo.
Señor Conde... Adios, señoras.
CONDE. Adios.
MAGDAL. (Tú, aquí, quietecito.)
(Salen Isidoro y Andrés por el foro.)

ESCENA IV.

ISABEL, MAGDALENA, EL CONDE Y ROBERTO.

CONDE. Pues señor, está el salon
que más no sueña el deseo.
ROBERTO. Lo que es esta noche, creo
que ha de haber animacion.
CONDE. Para augurarlo hay motivos.
Segun me han dicho, á estas horas
han venido mil señoras
á ver los preparativos.
ROBERTO. Es suceso extraordinario,
y de fijo gente habrá.
MAGDAL. ¡Ay, qué horror! ¡Mira, mamá,
(Levantándose y dirigiéndose á Isabel con un periódico que habrá estado leyendo.)
lo que dice este diario:

«Anoche, en la calle de Atocha, una jó-
»ven, que iba acompañada de un caballero
»muy conocido en la buena sociedad, ha
»sido asesinada por su marido, que, en un
»arrebato de celos, disparó sobre ella su
»rewolver.»

ISABEL. ¡Jesús!

MAGDAL. ¡Si hace estremecer!

CONDE. ¡Es horrible, á no dudar!

MAGDAL. ¡Qué hombre tan malo! ¡Matar
por celos á una mujer!

CONDE. Yo deploro ciertamente (Con severidad.)
el crímen, y me ha espantado:
¡mas la mujer que ha faltado!...

ROBERTO. Es usted intransigente.

CONDE. Bien lo puede usted decir.

ROBERTO. ¡Pero ya tanto rigor!...

CONDE. En las cuestiones de honor
no se debe transigir.
Seré rudo por demás.

ROBERTO. A veces es perdonable...

CONDE. Para la mujer culpable
no hallo disculpa jamás.

(Isabel, que desde que entró en escena y vió á Lorenzo está algun tanto sobresaltada, escucha ahora abatida la relacion del Conde. Magdalena vuelve á sentarse en la butaca de la derecha y coge *La Ilustracion.*)

ROBERTO. Sin embargo...

CONDE. Su decoro

es su atractivo á mi ver.
¿Qué le queda á la mujer
que no guarda ese tesoro?
El mundo es blando hoy en dia
con quien falta sin cautela.
Yo me eduqué en otra escuela
donde no se transigia.
(Variando de entonación.)
Pero hablemos de otra cosa,
que no quiero entristecerme
hoy, que al cabo vuelvo á verme
en los brazos de mi esposa.

(Se sienta al lado de Isabel; Roberto se acerca á Magdalena que, aprovechando la ocasion de estar detrás del Conde, le llama graciosamente con la mano para que venga á su lado.)

MAGDAL. ¡Qué bonitas vistas!
ROBERTO. Sí.
¡Preciosas!... De Alejandría.
(Siguen hablando.)
CONDE. Pues señor, me da alegría (A Isabel.)
verme al cabo junto á tí.
ISABEL. ¡Eres tan bueno! (Con cariño.)
CONDE. ¡Bondad!
Dí más bien que la experiencia
me ha enseñado en esta ausencia
la inmensa felicidad
que á tu amor debiendo estoy,
Isabel.
ISABEL. ¿Deberme á mí!...

CONDE. Pues qué ¿lo ignoras?
ISABEL. ¡Yo sí
que te debo cuanto soy!
CONDE. ¡Deja memoria tan triste!
Olvida lo que pasó.
ISABEL. ¡Recuerda lo que era yo
cuando tú me conociste!
CONDE. ¡Eras... un ángel!
ISABEL. Tu amor
con sus bondades me halaga.
CONDE. Y el tuyo... ¿con qué se paga?
¿Cuál es la deuda mayor?
Eras muy pobre, es verdad,
mas ¿qué importa la pobreza?
Yo no buscaba riqueza,
¡buscaba felicidad!
¿Y en tí, tan pura y tan buena,
fin nuestro mal no encontró,
hallando una esposa yo
y una madre Magdalena?
¿Quién con inmensa bondad
supo calmar mi agonía?
¿Quién veló por la hija mia
en su temprana orfandad?
¡Tú, que movida á clemencia,
al mirar nuestro dolor,
á mi vejez diste amor
y sostén á su inocencia!
ISABEL. Por Dios...

CONDE. No es mi deuda escasa
(Con entusiasmo.)
y bien pagarla quisiera...
ISABEL. Vamos, hombre... ¡Considera
que ahora no estamos en casa!
CONDE. Tienes razon. Son resabios. (Dominándose.)
Mas... ¿qué hacer? ¡yo soy así!
¡Y es que el estar junto á tí
habla el alma, no los labios!
¡Mis frases no te atormenten:
de mi amor vivos reflejos!...
¡Déjame!... ¡Tambien los viejos
deben decir lo que sienten!
¡Blancos mis cabellos son,
pero no te dé tristeza;
la nieve de mi cabeza
no ha llegado al corazon!
¡Contémplalos con sosiego,
que eso á mi amor no esclaviza,
son ceniza, y la ceniza
tan sólo nace del fuego! (Siguen hablando.)
MAGDAL. ¡Que no mires á Asuncion!
(Aparte á Roberto.)
ROBERTO. Son injustos tus recelos.
¡Siempre celos!
MAGDAL. No son celos.
ROBERTO. ¿Qué es entónces?
MAGDAL. Precaucion.
ROBERTO. Me ofendes de esa manera.

MAGDAL. ¡Tú á mí más!
ROBERTO. Pero mujer...
si viene aquí ¿qué he de hacer?
¡No saludarla siquiera!
MAGDAL. ¡No mires! ¡Mírame á mí,
que es á quien debes mirar!
ROBERTO. ¡No poder ni saludar!
MAGDAL. ¿Te enfadas?
ROBERTO. ¡Me enfado, sí!
MAGDAL. Bien, bien, todo se acabó.
ROBERTO. Tú lo quieres.
MAGDAL. Esto es hecho.
Ámala, tienes derecho.
¡Ya no te quiero!
ROBERTO. ¡Ni yo!
(Pausa.)
MAGDAL. No me hables.
ROBERTO. No te hablo ya.
MAGDAL. No mires.
ROBERTO. A eso me obligo.
MAGDAL. ¡Que no me mires te digo!
ROBERTO. ¡Si estoy mirando hácia allá!
MAGDAL. ¡Ingrato, traidor, malvado!
En mi dolor te complaces.
(Transicion cómica.)
En fin... hagamos las paces.
ROBERTO. Despues de haberme enfadado.
MAGDAL. ¿La mirarás?
ROBERTO. ¡Qué pesada!

No.

MAGDAL. ¿Pues ántes no decias?...

(Se levanta el Conde.)

ROBERTO. ¡Al fin lo que tú querias!
¡Dengues de niña mimada!

CONDE. Magdalena... (Separándose de Isabel.)

MAGDAL. ¿Qué?

CONDE. ¡Que estamos
perdiendo el tiempo, mujer!
Ahora tenemos que ver
el tocador.

MAGDAL. Sí, sí, vamos.
¿Vienes? (Acercándose á Isabel.)

ISABEL. ¡Estoy tan cansada!

CONDE. Quédate si no estás buena.
Yo entraré con Magdalena.

MAGDAL. Pero, ¿qué tienes? (A Isabel con cariño.)

ISABEL. No es nada.
Te espero aquí. ¡Qué más da!
A mí ya no me entretiene.

MAGDAL. ¡Ah! ¡Lorenzo! A tiempo viene.

(A Lorenzo, que aparece en el foro, y acercándose á él.)

Acompañe usté á mamá:
yo voy un momento aquí
con papá. (Señalando la puerta derecha.)

LORENZO. Con mucho gusto.

MAGDAL. ¡Que quede sola no es justo!

(A Lorenzo con natural confianza.)

(¡Tú conmigo!) (Aparte á Roberto, con viveza.)
¿Vamos? (Al Conde.)

CONDE. Sí.

(Vánse por la derecha Magdalena, el Conde y Roberto.)

ESCENA V.

ISABEL Y LORENZO.

(Isabel, al verse sola con Lorenzo, manifiesta ya ménos comprimido su dolor y enjuga una lágrima que trata tambien de ocultar á Lorenzo, al ver la pena que le causa.)

LORENZO. ¡Lloras!... ¿Qué nuevo dolor?...
ISABEL. Nada tengo. (Disimulando.)
LORENZO. ¿A qué negar?
No luches por ocultar
ese llanto delator.
ISABEL. ¡Lorenzo!
(Acercándose á él con temor y angustia.)
LORENZO. ¡Valor!... Así (Bajando la voz.)
te pierdes, y á mí también.
ISABEL. ¡Mi esposo ha llegado!
(Con medrosa y apagada voz.)
LORENZO. ¿Y bien?
ISABEL. ¡No sé qué va á ser de mí!
LORENZO. Yo sí. ¡Tú te salvarás!

ISABEL. ¿Salvarnos? ¡Ilusion vana!
¿Cómo?
LORENZO. Yo parto mañana
para no volver jamás.
ISABEL. ¿Y vas á dejarme así!
(Con viva expresion de sentimiento.)
LORENZO. Baja la voz.
ISABEL. ¡Si no puedo!...
¡vivir sin tí!... ¡Tengo miedo!
LORENZO. ¡Piensa en tu bien!
(Isabel vacila y Lorenzo exclama para consolarla.)
Piensa en mí!
ISABEL. ¡Lorenzo!
LORENZO. ¡Si álguien te oyera!... (Con temor.)
¡Habla más bajo!
ISABEL. ¡Estoy loca!
¿Cómo apagar en la boca
el grito del alma entera?
¡No me abandones así,
ni por mi dicha te ofusques!
¡No me mires!... ¡No me busques!
¡No te acerques nunca á mí!
¡Que ese mi castigo sea!
Yo sufriré tanto duelo,
¡pero déjame el consuelo
de que alguna vez te vea!
¡Yo ocultaré mi quebranto
y ocultaré mis enojos!
¡Yo pondré un dique en mis ojos

al torrente de mi llanto!
Pero concédeme el bien,
y de mi afan no te admires,
¡de que el aire que respires
le respire yo tambien!

LORENZO. ¡Calla por Dios ese grito
que arranca al pecho el dolor!
¡No me prives del valor
que ahora tanto necesito!
¡Respeta mal tan profundo!

ISABEL. Si no me apartan de tí
¿qué puede importarme á mí
todo lo que diga el mundo?

LORENZO. ¡Y tu nombre! ¡Y tu marido!
¡No puedo!

ISABEL. ¡Mi pecho estalla!
¡Tú partir!... ¡no!

LORENZO. ¡Calla!... ¡calla!

ISABEL. ¡Por compasion te lo pido!

LORENZO. ¡Nada así conseguirás!

ISABEL. ¿Tan poco puede mi amor?

LORENZO. ¡Oh, basta ya, por favor!
¡No digas más! ¡No hables más!
De la senda del deber
no me aparten tus consejos;
déjame partir muy léjos
donde no te vuelva á ver!
Léjos de la patria mia,
donde tu acento no vibre;

donde vivir pueda libre
de esta opresora agonía!
¡Yo sé que tu amor poseo,
y podré vivir en calma;
no hay distancia para el alma
ni dique para el deseo!
¿Piensas que no me has de ver?
¡Siempre seré tu testigo!
Mi cariño está contigo
¡y mi cariño es mi sér!
¡No son en el mundo eternos
el dolor y la agonía!...
¡Quizá vuelva yo algun dia!...
¡Quizá volvamos á vernos!...
Verás como ese placer
paga lo que sufres hoy.
¡No pienses en que me voy;
piensa en que puedo volver!

ISABEL. ¡Oh, sí! (Con ternura.)
¡Calla, mi marido!
(Mirando á la puerta derecha.)
¡Que no te halle junto á mí!
¡Por Dios!...

LORENZO. Esta noche, aquí.
No lo olvides.
No lo olvido.
(Váse Lorenzo por el foro.)

ESCENA VI.

ISABEL, despues MAGDALENA, el CONDE y ROBERTO por la derecha. Despues ANDRÉS y PACO por el foro.

ISABEL. ¡Al fin se fué!... ¡desgraciado!
¡No tener nunca reposo!

MAGDAL. Pues señor, está precioso
(Entrando con los demás en escena y dirigiéndose á Isabel.)
el tocador.

ISABEL. ¿Te ha gustado?
(Esforzándose por dominar su turbacion.)

MAGDAL. ¡Ven!...

ISABEL. No: despues lo veré.

MAGDAL. Pero... ¿qué tienes? (Notando su agitacion.)

ISABEL. ¿Yo? Nada. (Disimulando.

MAGDAL. ¡Estás trémula... alterada!

CONDE. ¿Eh? (Acercándose con solicitud á Isabel.)

ISABEL. No, hija mia, ¿por qué?

CONDE. Vámonos, y de ese modo
descansar en casa puedes.

ISABEL. Sí, vamos. (Roberto la ofrece el brazo.)

ANDRÉS. ¿Se van ustedes (Saliendo con Pacò.)
tan pronto?

PACO. ¿Lo han visto todo?

MAGDAL. Todo, y nos ha parecido

de un efecto encantador.
(Se apoya en el brazo del Conde.)

PACO. Muchas gracias; es favor...
ROBERTO. Paquito lo ha dirigido
con un gusto extraordinario.
(Váse con Isabel, foro.)
CONDE. Ya sé que es muy diligente.
PACO. Gracias, señor Presidente.
CONDE. Adios... señor Secretario.
(Váse con Magdalena.)

ESCENA VII.

PACO, ANDRÉS.

ANDRÉS. Chico, tu Secretaría
va á hacerte célebre.
PACO. ¡Es claro!
ANDRÉS. ¿Y no pone á eso reparo?...
PACO. ¿Quién?
ANDRÉS. ¿Quién ha de ser?... Sofía.
PACO. ¡Dale!... ¡cuanto machacar!
ANDRÉS. Paco... ¡tú eres un tesoro!
¿Por dónde andará Isidoro?
(Dirigiéndose hácia el foro.)
PACO. Fué en busca de Don Gaspar.
ANDRÉS. ¿Don Gaspar?
PACO. Un caballero

que anoche nos presentó.
En París le conoció.
¡Allí fué su compañero
de glorias!... ¡Es tan amable...!

ANDRÉS. Ya recuerdo...
Ahora vendrá.

PACO.
(Mirando hácia el foro.)
Pero calla... aquí están ya.
Verás un hombre agradable.

ESCENA VIII.

Dichos, GASPAR É ISIDORO por el foro izquierda.

ISIDORO. ¡Hola! ¿aún andais por aquí?

GASPAR. Señores...
¡Oh! ¡Don Gaspar!

PACO.

GASPAR. Cuánto celebro encontrar...

ANDRÉS. ¿Ha descansado usted?
Sí.

GASPAR.
Ayer poco me cansé.

ISIDORO. ¿No os sentais?
A eso me inclino.

ANDRÉS.
(Don Gaspar é Isidoro se sientan en el divan ó butacas de la izquierda; Andrés á su lado en una silla, y Paco queda de pié entre el asiento de Gaspar y Andrés, recostado en el respaldo.)

GASPAR. Pues señor, está el Casino

igual que yo lo dejé.
Todo con exactitud.

PACO. ¿Segun eso, usted ha estado?...

GASPAR. En este sitio he pasado
la flor de mi juventud.
De cabeza algo ligera,
siempre opuesto á trabajar,
¿dónde otro sitio encontrar
que mejor me conviniera?
En mi plan soy consecuente:
el tiempo hay que entretenerlo:
si la cuestion es perderlo...
perderlo agradablemente.

ISIDORO. ¡Bien¡

GASPAR. ¡Gozar... hasta morir!

PACO. ¡Es usted hombre... profundo!

GASPAR. No, señor; pero en el mundo
es fuerza saber vivir.
Y para hacerlo es probada
la medicina á mi modo.

PACO. ¿Cuál es?

GASPAR. Reirse de todo
sin preocuparse por nada.
Hoy, aún existe un error
que pronto destruiremos,
y entónces todos veremos
cómo se vive mejor.
Bien fácilmente se cura,
que pronto remedio tiene.

ISIDORO. Y ese error, ¿cuál es!
GASPAR. Proviene...
de cierta literatura...
Por suerte, va estando ya
bastante rancia. No es raro...
ANDRÉS. No comprendo á usted.
GASPAR. Más claro.
Un ejemplo. Usted verá.
Coge usted una novela,
ó una comedia, es lo mismo,
llena de romanticismo
de la primitiva escuela.
Con santa resignacion
empieza usted á leer:
se halla usted una mujer
buena, todo corazon,
honesta, pura, de fibra
que hasta el aire la enamora...
en fin, toda una señora
como entran pocas en libra.
Tiene la tal un amante
galan, apuesto, rendido,
enamorado perdido,
firme cual roca, constante,
y éste un amigo cualquiera,
pero amigo siempre fiel,
que es capaz de dar por él
siete vidas que tuviera.
Toma el libro con calor

un pobre diablo: «¡Es profundo!»
dice al verlo, y juzga al mundo
como lo pinta el autor.
Y viviendo en la creencia
de que es cierta su lectura,
piensa el pobre y se figura
que aún existe esa inocencia,
esa virtud que seduce,
ese amor, ese tesoro,
sin comprender que no es oro
todo aquello que reluce.
Y no ve en su ceguedad,
miéntras su razon delira,
que hoy el amor es mentira
y es mentira la amistad.
Que esa virtud que á porfía
la mujer finge á conciencia,
en unas es conveniencia
y en otras hipocresía.
Vayan los que quieran ir
por tan viciosos extremos,
mas nosotros que sabemos
lo que es falso distinguir,
siguiendo en esta partida
máximas más provechosas,
riámonos de esas cosas
y gocemos de la vida.

ANDRÉS. Es usted exagerado.
¡Eso ya raya en manía!

GASPAR. Por ustedes lo decia.
Yo... de todo estoy hastiado.
Y tras de tanto gozar,
al sentir hoy ese hastío
tengo en el alma un vacío
imposible de llenar.
Pasada la insensatez
de ese loco devaneo;
cuando medito y me veo
camino de la vejez;
y entre un mar de confusiones
lucho, perdida la calma,
enfermo de cuerpo y alma,
sin creencias ni ilusiones;
¡yo, que á veces sin medida
hallé en el mundo placer,
ahora... hasta llego á creer
que es una carga la vida!

ISIDORO. ¿Se va usté á formalizar?

GASPAR. ¡Eso fuera hacer el tonto! (Sonriendo.)
¡Son nubes... que pasan pronto!
(Levantándose.)
Conque lo dicho... ¡á gozar!
Precaucion... mucha cautela,
y seguir la escuela mia.

ANDRÉS. Bueno este mundo andaria
siguiendo todos su escuela.

GASPAR. ¿Es mala?

PACO. ¡Negar así

el amor!

GASPAR. ¿Y qué he de hacer?
¿Usté ha visto á una mujer
enamorada?

PACO. ¿Yo?... Sí.

GASPAR. ¡Hombre!... ¿de veras?

PACO. Sí tal.
He visto alguna...

GASPAR. Lo creo;
pero será en un museo
como caso excepcional.

PACO. (¡Pues ha acertado!...)

ANDRÉS. ¿Qué dices?

PACO. ¡En el Museo la ví!
(Aparte á Andrés con candidez.)

ANDRÉS. ¡Eh!... (Sin comprenderle.)

PACO. Sofía... ¡pinta!

ANDRÉS. ¿Sí?
¿La cigüeña?...

PACO. ¡Las narices!) (Incómodo.)

ISIDORO. Y en la amistad... ¿qué perfidia
cabe? (A Gaspar.)

GASPAR. Hay mucha falsedad.

ISIDORO. La verdadera amistad...

GASPAR. Tiene un límite: la envidia.

ISIDORO. Eso es negar por sistema.

GASPAR. Pasó ya mi juventud.

ANDRÉS. ¿Y en la mujer no hay virtud?

GASPAR. No toquemos ese tema.

No quiero desvariar,
y callarse es lo mejor.

ISIDORO. Opino como el señor;
¡eso es hablar de la mar!

GASPAR. Que hubiese virtud creia
hasta no há mucho, aunque en pocas,
mas mis ilusiones locas
ví deshacerse en un dia.

ISIDORO. Es claro.

GASPAR. Me convencí
de que no juzgué con seso.
Voy á contar el suceso,
porque el lance ocurrió aquí.
Para no andar con engaños,
aunque mi edad manifieste,
diré que del lance este
hace veinticinco años.

ISIDORO. ¡Hola!... Pues segun la cuenta...

GASPAR. Ya soy casi un carcamal:
voy por la senda fatal
que conduce á los cincuenta.

PACO. Siga usted su narracion,
que aún el lance no adivino.

GASPAR. En este mismo *Casino*
y en este mismo salon,
aún de mi vida en la cumbre,
de genio alegre y experto,
con un amigo, que ha muerto,
tenía yo la costumbre

de ver siempre desde ahí,
desde un balcon que ahí estaba,
á una jóven que pasaba
diariamente por aquí.
Era pobre y costurera,
mas, sin embargo... aún la veo:
¡fingir no puede el deseo
muchacha más hechicera!
¡Su belleza y su candor
á mis elogios exceden!...
¡Que quince abriles! ¡No pueden
aprovecharse mejor!
Nosotros siempre al pasar
la llamábamos... mas nada;
ella firme y obstinada
no quiso nunca mirar.
Siempre con igual teson
la vió pasar nuestro anhelo,
fija la vista en el suelo
sin levantarla al balcon.
La perseverancia aquella
hizo á mi amigo decir:
«Chico, habrá que desistir;
» es durita la doncella.
» Su tenacidad repara,
» y el tiempo no malgastemos
» más con ésta: confesemos
» que es una excepcion muy rara.
» ¡Qué no podemos con ésta!

» le dije. — No: ya la viste. —
» Veremos si se resiste. —
» Yo, chico, te hago una apuesta.
» Desistir es cobardía,
» y sin temer sus reveses,
» digo que ántes de dos meses
» esa mujer será mia! »

ISIDORO. Y por fin, ¿qué sucedió?

GASPAR. ¡Con honrada terquedad
la pobre luchó... es verdad,
mas la plaza... se rindió!
Yo no obré muy noblemente,
lo confieso, fuí... falsario,
pero me era necesario
ganar la apuesta pendiente.

PACO. ¡Pues la historia es deliciosa!

GASPAR. La infeliz nada tenía,
y su madre se moría
pobre, enferma y achacosa.
Hice á un médico llamar;
con esmero la asistió,
y al poco tiempo mandó
á las dos baños de mar.
Las protegí, les pagué
el gasto, poco importante,
y fuí tan fino y galante
que hasta las acompañé.
Iba logrando mi intento,
á juzgar por las señales.

Hice allí las naturales
promesas... de casamiento;
y ella, al ver que de su mal
era el solo protector,
empezó á cobrarme amor...
amor puro...

ISIDORO. ¡Es natural!

GASPAR. Volvimos: creyeron toda
la historia por mí fraguada,
y hasta presenté á mi amada
papeles para la boda.
¡Con ellos logré vencer!
¡los papeles fueron fieles!

PACO. Pero bien ¿qué eran?

GASPAR. ¡Papeles!

ISIDORO. Claro... ¡qué habian de ser!
(Burlándose de Paco.)

GASPAR. Pues bien, como al fin cayó,
más que vencida, engañada,
yo pensé que esa era honrada,
mas hoy... he visto que no.

ISIDORO. ¡Hombre!... ¿cómo es eso?

GASPAR. Sí.

ISIDORO. Despierta interés el cuento.

GASPAR. Paseaba yo hace un momento
por las calles, cuando ví
un magnífico landó:
por casualidad miré
y... ¿á que no calcula usté

quién iba en el coche?

ISIDORO. No.

GASPAR. ¡Mi costurera en persona!

PACO. ¿Sí?

GASPAR. La conocí en seguida;
suntuosamente vestida
y hecha una hermosa matrona.
¡Qué coche!... un lujo oriental.

PACO. ¡Si parece una novela!

GASPAR. Creo que en la portezuela
ví una corona condal.
Aquella mujer oscura
que yo ví en tan pobre estado...
¿qué astucias habrá empleado
para llegar á esa altura?

ESCENA IX.

Dichos, ROBERTO y LORENZO por el foro.

ROBERTO. (Aparte á Lorenzo entrando en escena.)
(Lo debes reflexionar.
¡Irte es una insensatez!)

ANDRÉS. ¡Hola! ¡por aquí otra vez!
(Viéndolos al entrar.)

PACO. ¡Es célebre Don Gaspar!

LORENZO. (¡Le tengo miedo á esta lid!) (A Roberto.)

ROBERTO. (Sin temor quedarte puedes.) (A Lorenzo.)

GASPAR. Conque en fin, cuéntenme ustedes
que hay de nuevo por Madrid.
Saber algo me interesa.
ISIDORO. Nada de particular.
GASPAR. Ahora acabo de escuchar...
¡no sé qué!... de la Condesa
del Valle. (Muy marcado.)
LORENZO. ¡Oh! (Reprimiéndose.)
ISIDORO. (Disimulando al ver á Lorenzo agitado.)
¡Vagos rumores!...
ROBERTO. (¡Lorenzo!) (Deteniendo á Lorenzo.)
ANDRÉS. Nada: no es cosa...
GASPAR. Creo que es escandalosa
la historia de sus amores.
ROBERTO. (¡Vámonos!) (A Lorenzo.)
GASPAR. Ella es casada,
y el amante, es ya sabido
que en ausencias del marido
no se recata de nada!
LORENZO. (Esforzándose por dominar su situacion.)
¡Oh! (Roberto le contiene.)
GASPAR. Cobarde proceder
es el suyo á lo que infiero.
Creo que es un ingeniero...
LORENZO. (Adelantándose y encarándose con Don Gaspar.)
Basta.
GASPAR. ¿Qué? (Con extrañeza.)
ROBERTO. (¿Qué vas á hacer?
(Con rapidez deteniendo á Lorenzo.)

¡ve que tu desgracia labras!)

LORENZO. Es una infame impostura

(Con tono amenazador á Don Gaspar.)

cuanto usted ahora asegura.

GASPAR. ¡Caballero!... ¡esas palabras!...

LORENZO. Tan solo explicar me toca...

ROBERTO. ¡Lorenzo!...

LORENZO. ¡Que es un malvado

(Con viva expresion.)

quien nombre, que es tan honrado,
mancha al ponerle en su boca!

GASPAR. Advierta...

LORENZO. ¡No advierto nada! (Con desesperacion.)

GASPAR. Quién es... expresa bastante
una mujer que á su amante
recibe de madrugada.

LORENZO. (Amenazándolo con el brazo levantado.)

¡Miserable!

(Todos se interponen para separarlos.)

GASPAR. ¡A mi!... ¿Soltad! (Con ira.)

¡levantarme á mí la mano!

LORENZO. ¡Dejadme que á ese villano
dé su castigo!... ¡Apartad!

(Con desesperacion, viendo que no le dejan acercarse á D. Gaspar.)

¡Si mi mano detenida
no marcó en su rostro afrenta...
desde aquí... y á buena cuenta
dela usted por recibida!

GASPAR. ¡Oh! ¡De rabia el pecho estalla!
(Todos se esfuerzan por contenerlo. Dominándose.)
¡Quién soy muy pronto ha de ver!
ROBERTO. (¡Oh... ¿Qué has hecho?)
LORENZO. (Muy bajo á Roberto, y con sentida expresion.)
(¡Defender...
la honra de mi madre!)
ROBERTO. (Con temor de que le escuchen.) (¡Calla!
¡Silencio!... ¡Tus labios sella!)
LORENZO. (¡Pobre madre de mi vida!)
(Lorenzo y Roberto forman un grupo á la derecha. A la izquierda, Don Gaspar, Isidoro, Paco y Andrés.)
PACO. (Aún niega que es su querida
y va á batirse por ella.) (Aparte á Andrés.)

FIN DEL PRIMER ACTO.

ACTO SEGUNDO.

Gabinete elegantemente amueblado en el Casino *y alumbrado con profusion de luces. Dos puertas grandes en el foro, y en el centro una gran chimenea. Puertas laterales con cortinajes corridos. La de la derecha conduce al tocador de señoras. Por las dos puertas del foro se ven las galerías que dan paso á los demás salones.*

ESCENA I.

D. GASPAR, ISIDORO Y ANDRÉS.

ISIDORO. Pero considere usted
que Lorenzo...

GASPAR. Es todo en balde;
me ha ofendido, y...

ISIDORO. No lo niego;
mas la ofensa...

GASPAR. Ha sido grave,
y quiero reparacion
proporcionada al ultraje.
Él no da satisfacciones,
y yo no tengo carácter
para ceder: mis propósitos

siempre son irrevocables.
No se hable más del asunto.

ANDRÉS. Se hará como usted lo mande.

ISIDORO. En el salon nos esperan
sus padrinos; á buscarles
iremos.

GASPAR. Yo siento mucho
que tengan que molestarse
por mi causa.

ISIDORO. No, señor.

GASPAR. No ha de serles agradable
este suceso.

ISIDORO. En la vida
son frecuentes estos lances.

ANDRÉS. Para eso son los amigos.

GASPAR. Gracias. Mas, dejando aparte
este asunto, diré á ustedes
que está magnífico el baile.

ISIDORO. ¡Ya lo creo!

GASPAR. ¡Qué bullicio!
¡Qué animacion!... Esto trae
á mi memoria otros tiempos
de suerte más envidiable.
¡Hoy... todo me causa hastío!

ANDRÉS. Pero vamos al instante, (A Isidoro.)
que esos señores esperan
y deben impacientarse.

GASPAR. Yo tambien voy al salon.

(Se dirigen hácia el foro.)

ESCENA II.

Dichos, MAGDALENA Y PACO por el foro.

PACO. (Entrando del brazo con Magdalena.)
¿Qué le parece?
MAGDAL. Admirable.
ISIDORO. A los piés de usted.
MAGDAL. Señores...
ISIDORO. Adios, Paquito. (Vánse por el foro.)
PACO. (¡Que rabien!...
¡Hoy estoy haciendo efecto
más que ninguno en el baile!)

ESCENA III.

MAGDALENA Y PACO.

PACO. Pues sí, como iba diciendo,
está usted con ese traje
encantadora... ¡Divina!...
MAGDAL. ¿De veras?... (Sonriéndose.)
PACO. No; no lo extrañe.
¡No hay *toilette* que siente mal
á ese rostro y á ese talle!...

MAGDAL. ¡Por Dios!...
PACO. ¡Envidio á Roberto!
(En voz baja.)
MAGDAL. No es justo que envidie á nadie
quien con el cariño cuenta...
PACO. ¿Con que ya todos lo saben?
¿Alude usted á Sofía?...
MAGDAL. Precisamente.
PACO. ¡Es un ángel!
¡Somos dos seres nacidos
uno para el otro! ¡Antes
de conocernos, los dos...
nos soñamos!
MAGDAL. ¿Sí? (Sonriéndose.)
PACO. Su madre
bajo el frívolo pretexto
de que yo era un badulaque
que únicamente servía
para bullir en los bailes,
para murmurar del prójimo,
y, en fin, para no ocuparme
de nada, se opuso mucho
á nuestra pasion amante.
MAGDAL. Pero ¿cedió?
PACO. Sí, señora.
Hoy empieza á resignarse.
¡Decir que no sirvo yo!...
¡Calumnia!... ¡Calumnia infame!
Mire usted, cuando lo oí

se me ardió tanto la sangre
que estuve á punto de hacer...
un *suegricidio!* Hay instantes
en que no se reflexiona.

MAGDAL. Pero con estos debates
no hemos ido al tocador.

PACO. Es verdad; pase usted, pase;
que yo vendré aquí á buscarla.

MAGDAL. Gracias, Paquito.

(Paco levanta la colgádura de la puerta de la izquierda, por donde se retira Magdalena.)

PACO. ¡Qué amable!...
y ¡qué bonita!... ¡Ah! ¡Roberto!

(Viendo á Roberto, que entra por el foro.)

ESCENA IV.

ROBERTO, PACO, despues MAGDALENA.

ROBERTO. ¡Qué confusion!... ¡No se cabe
en los salones... Aquí
se respira al ménos!... ¿Sabes
en dónde está Magdalena?

PACO. Ahora mismo, en este instante
ha entrado en el tocador.

ROBERTO. ¿Y Lorenzo? ¿Está en el baile?
¿No le has visto tú esta noche?

PACO. En el salon le ví ántes.

Chico, ¡que pálido está!
¿Sabes en qué paró el lance
de esta mañana?

ROBERTO. No sé. (Con inquietud.)

PACO. ¿Se baten ó no se baten?
Me han dicho que está furioso
don Gaspar, pero... ¡qué diantre!
¡él solo tuvo la culpa!
¡claro... si no murmurase!...

ROBERTO. ¡Pues aprende... á lo que están
expuestos los charlatanes!

PACO. ¿Por ventura lo soy yo?

ROBERTO. Un poco.

PACO. ¿Quién? ¿yo? ¡Pues nadie
me lo ha dicho! ¡Ah! sí, mi suegra;
¡cómo tiene ese carácter!...

MAGDAL. Ya estoy lista. (Saliendo del tocador.)

PACO. ¿Sí? Pues ya
que tiene quien la acompañe,
voy un momento al salon,
y por usted vuelvo á escape.
Que este rigodon es mio.
¡Cuidado con que me falte!

MAGDAL. Descuide usted.

PACO. Vuelvo pronto.
(Hago efecto en todas partes.)

ESCENA V.

MAGDALENA, ROBERTO.

MAGDAL. ¿Qué te pasa? No estás hoy
alegre como otras veces.
ROBERTO. Tampoco tú me pareces
muy contenta.
MAGDAL. No lo estoy.
ROBERTO. ¿Qué mata tus alegrías?
Desecha temores vagos.
MAGDAL. Roberto... hay dias aciagos
y hoy es uno de esos dias.
Mi madre, triste, angustiada,
secreta lucha sostiene;
quiero saber lo que tiene
y no me responde nada.
Sospecho que su afliccion
me oculta, no sé por qué;
hace poco la encontré
llorando en su habitacion.
Antes la ví sollozar,
pero muy quedo... muy quedo...
como si tuviera miedo
de que la oyesen llorar.
¿Qué tienes?... pregunté yo;
cuéntamelo; te lo exijo;

y... — nada tengo — me dijo,
miéntras su llanto enjugó.
¡No me niegues tu agonía;
con ánsia saberlo espero!
¡Tú eres mi madre, y yo quiero
llorar con la madre mia!
¡Si á la que vida me dió
nunca pude conocer,
en tí veo renacer
la que el cielo me quitó!

ROBERTO. ¿Y entónces?...
MAGDAL. No conseguí
que dijera su quebranto;
mas yo, al sorprender su llanto,
decir un nombre la oí.
ROBERTO. ¡Un nombre!
MAGDAL. Sí tal.
ROBERTO. ¿Cuál es?
MAGDAL. Lorenzo.
ROBERTO. ¿Sí?
MAGDAL. Yo colijo...
ROBERTO. Y ella entónces, ¿qué te dijo?
MAGDAL. Dijo, sin ver mi interés:
« Si me quieres, Magdalena,
» aunque mi ruego te asombre,
» ni pronuncies ese nombre
» ni me preguntes mi pena. »
ROBERTO. Eso no es nada. ¿A qué viene?...
Sin causa afligida estás...

MAGDAL. No es eso sólo. Aún hay más.
Mi padre, que siempre tiene
genio alegre, en el salon,
ahora al pasar á su lado,
le hallé trémulo, alterado,
con visible conmocion.
Al verle así, pregunté:
¿Por qué estás triste? — Por nada,
me contestó, con mirada
recelosa, déjame. —
¿Por qué se ocultan de mí?

ROBERTO. Nada tienen que ocultarte.

MAGDAL. Te busco, y al encontrarte,
tambien te hallo inquieto á tí.
¿No han de crecer los latidos
que agitan mi corazon,
al contemplar la afliccion
de tres seres tan queridos?
Rasga, por Dios, este velo.
¿Qué hay? ¡Por la Vírgen sagrada!

ROBERTO. ¿Qué ha de haber, tonta? No hay nada.
¿En qué fundas tu recelo?

MAGDAL. ¡No me estimas cual te estimo!

ROBERTO. ¡Eso es una tontería!

ESCENA VI.

Dichos, PACO por el foro.

PACO. (¡Pues, señor, dejo á Sofía
(Entrando muy de prisa.)
segura! está con su primo.
Ya deben estar bailando.)
¿Vamos, Magdalena? (Ofreciéndola el brazo.)

MAGDAL. Sí.

PACO. A Lorenzo dije allí
(A Roberto, dirigiéndose con Magdalena hácia el foro.)
que tú le andabas buscando.
(Vánse por el foro.)

ESCENA VII.

ROBERTO, despues LORENZO.

ROBERTO. La infeliz aún no sospecha
el mal que su pena agrava,
mas ¿quién le dice?... ¿Quién clava
en su alma pura esa flecha?
Aún dormida su razon
nada debe comprender:

tiempo tiene de saber
las luchas del corazon.

LORENZO. ¿Has visto á Isidoro?
(Entrando y dirigiéndose á Roberto.)

ROBERTO. Sí.

LORENZO. ¿Están conformes?

ROBERTO. Lo están.

LORENZO. ¡En breve se cumplirán
mis deseos!

ROBERTO. Mas...

LORENZO. ¿Así
con la honra ajena se juega!

ROBERTO. ¡Piensa lo que vas á hacer!

LORENZO. ¡Ya no es posible ceder!

ROBERTO. Lorenzo... ¡tu amor te ciega!

LORENZO. ¡Vengo á mi madre! Descuida.

ROBERTO. ¡Que manchas su honor te digo!

LORENZO. ¡No mancha quien da castigo
á una infamia inmerecida!
¡Un hombre la calumnió,
y eso en mi pecho hace mella!
¡Déjame dar hoy por ella
la sangre que ella me dió!

ROBERTO. Piensa que es loco tu intento.

LORENZO. ¡Pensar!... ¡Basta de pensar!
¡Alguna vez han de hablar
el amor y el sentimiento!
¿No ves que es la madre mia?
Respóndeme; ¿tú, qué hicieras

si en presencia tuya, vieras
que á tu madre se ofendia?

ROBERTO. ¿Puedes siquiera dudarlo?
¡Ser hijo... y ser caballero!

LORENZO. ¡Pues eso es lo que yo quiero,
ó que me mate... ó matarlo!

ROBERTO. Bien; pero tú...

LORENZO. ¡Sí!... ¡olvidé
(Con vivo dolor.)
lo que soy!

ROBERTO. Habla más quedo.

LORENZO. ¡Dices muy bien!... ¡Yo no puedo
defenderla... ya lo sé!
¡Yo no puedo declarar
que es mi madre!... ¡No hallo modo!...
¡Tendré que sufrirlo todo...
y resignarme... y callar
porque ese rumor no aumente!
(Queda abatido.)

ROBERTO. Del Conde la larga ausencia
os permitió con frecuencia
trataros íntimamente,
y dejándoos llevar
de vuestra ciega pasion...

LORENZO. Esa vil murmuracion
hemos hecho despertar!
¡Lo sé!... Por eso me inquieto,
y á tí tan solo lo digo;
que hermano más bien que amigo

es quien sabe este secreto.
(Estrechándole las manos.)

ROBERTO. ¡Sí!... y yo te he aconsejado
que sin hacer vano alarde
desistas...

LORENZO. ¡Oh... no!... ¡Ya es tarde!
¡Ya el escándalo está dado!
¡Y pues no puedo su honor
de ese modo restaurar,
déjame al ménos matar
al torpe calumniador!

ROBERTO. Prudencia de tí reclamo.

LORENZO. ¡De hoy más siempre la tendré!

ROBERTO. Reflexiona...

LORENZO. ¡Sí; ya sé
que al defenderla... la infamo!
¡Y es mi madre!... ¡Y no me alcanza
salvacion!... ¡Y tengo miedo!...

ROBERTO. ¡Vamos, Lorenzo.

LORENZO. ¡Y no puedo
dar abrigo á la esperanza!
Como si una accion impía
cometiera irreverente,
tengo que huir de la gente
al decirla... «¡Madre mia!»
¡Y ese nombre sin segundo
que el alma se lleva en pos,
nombre, despues del de Dios,
el más sublime del mundo;

yo nunca lo he de decir
con el placer que provoca,
porque al salir de mi boca...
el mundo lo puede oir!
¡Mis labios en ella imprimen
un beso santo de amor,
y la beso... con temor,
como quien comete un crímen!
¡Y es tan rudo y tan tremendo
el combate en que prosigo,
que cuando «madre» la digo...
¡me parece que la ofendo!

ROBERTO. ¡Ten calma!

LORENZO. El rigor cruel (Abatido.)
sé sufrir de la fortuna.
¿Cómo no?... ¡Desde la cuna
es mi compañero fiel!
En la miseria nacido,
hasta que once años cumplí,
junto á mi madre viví
miserable y desvalido.
Un dia conoció al hombre
que es su esposo ante el altar;
ella no quiso aceptar
cuando le ofreció su nombre:
mas viéndome abandonado
en tan amarga agonía,
pensando que así podria
hacer dichoso mi estado,

dudó sin paz ni reposo,
y en lucha tan desigual,
venció el amor maternal
y le aceptó por esposo.
¡Luégo... el retiro modesto
de un colegio me amparó!
¡Tú lo sabes como yo! (Con cariño.)
¡allí vivimos! ¡Mas esto,
de confesarlo ella así
tuvo hasta miedo!... ¡Sabía
que nunca transigiria
el Conde!... ¡Todo por mí! (Con expansion.)

ROBERTO. Olvida lo que ha pasado
y refrena tu dolor;
más que nunca hoy tu valor
necesitas. He indagado
que el Conde... sospecha...

LORENZO. ¿Él!

ROBERTO. Han llegado hasta su oido
los rumores que han corrido.

LORENZO. ¿No hay más penas, suerte infiel!
¡Ya es inevitable!... sí!
(Con resolucion y dirigiéndose al foro.)

ROBERTO. ¿Qué intentas?

LORENZO. ¡Yo desvarío!...
¡Morir en el desafío...
ó huir por siempre de aquí!
(Con firme decision.)

ROBERTO. ¡Lorenzo... oye mis consejos! (Deteniéndole.)

LORENZO. ¡Ya la resistencia es vana!
¡De todos modos... mañana
estaré léjos... muy léjos!
ROBERTO. ¡Allí está tu madre!
(Observando hácia el foro izquierda.)
LORENZO. ¡Oh!... ¡ve!
Dí que venga, que la espero.
¡Con eso mi adios postrero
á solas darla podré!
¡Mi último adios!
ROBERTO. ¡Qué locura!
¿A qué viene esa afliccion?
LORENZO. ¡Ay, Roberto!... ¡El corazon
rebosa ya de amargura!
Mas no te detengas, ve,
dí que la aguarda mi amor.
¡Es el último favor
que acaso te pediré! (Váse Roberto, foro.)

ESCENA VIII.

LORENZO.

¿Y podré dejarla?... ¡Sí!
¡sí, corazon!... ¡fuerzas tén!
¡su bien anhelo... y su bien
es que yo parta de aquí!
¡Es necesario!... ¡valor!

El Conde sospecha... dijo.
¡Qué sarcasmo!... ¡Ser su hijo...
y deshonrarla mi amor!
¡Y no puedo confesar
que es ella la madre mia...
porque decirlo sería
su deshonra publicar!
¿Qué haré!... ¿Qué pide su bien?
¡En balde, razon, te llamo!
¡Si callo á todo... la infamo!
¡Si lo confieso... tambien!
¡Sordo volcan que inclemente (Con energía.)
en mi cabeza hervir siento...
ó dame algun pensamiento,
ó estalla al fin en mi frente!

(Breve pausa.)

¡Yo de tu bien voy en pos,
sin cesar!... ¡Madre querida!
¿Por qué me has dado una vida
que es la muerte de los dos?

(Pausa.)

Mañana... léjos de tí
para siempre partiré;
ya nunca más te veré;
y cuando te nombre allí,
perdiéndose en el vacío
mi acento helado y sin calma,
al gritar... «¡Madre del alma!»
no me dirás... «¡Hijo mio!»

¡Es preciso!... ¡se acabó! (Resoluto.)
¡El deber no tiene valla!...
¡Corazon rebelde... ¡Calla!
¿Has de poder más que yo?
(Luchando con sus ideas.)

ESCENA IX.

LORENZO, ISABEL, por el foro.

LORENZO. (¡Ella se acerca!... Si ve... (Dominándose.)
que no note mi agonía.)
ISABEL. ¡Lorenzo!...
LORENZO. ¿Qué, madre mia?
ISABEL. ¡Gracias á Dios que te hallé!
Te buscaba en el salon...
¡Qué palidez tan mortal! (Fijándose en él.)
¿Qué tienes? ¿Qué nuevo mal
me anuncia tu turbacion?
LORENZO. El Conde... sospecha...
ISABEL. ¿Sí?... (Con temor.)
¿Es posible! ¿Será cierto!...
LORENZO. Así lo afirma Roberto.
ISABEL. ¡Mi esposo duda de mí!
¡Él!... ¡Mi esperanza!... ¡mi escudo!...
LORENZO. Vamos... mitiga el temor...
ISABEL. ¿Qué he de hacer? ¡Ah! sí, ¡valor!
¡Es preciso! ¡Ya no dudo!

Miéntras que de mi marido
no he turbado el bienestar
pude en mi pecho guardar,
este secreto escondido;
mas hoy que sospecha así
de un amor tan verdadero,
no he de callar... ¡ Yo no quiero
que tenga celos de mí!
¡ Que me ultraje de otro modo;
á sufrir resuelta estoy,
y hoy mismo... no pasa de hoy,
he de contárselo todo!

LORENZO. ¡ Eso no!... ¡ Madre!... ¡ Jamás!
¡ Tal resolucion no admito!

ISABEL. ¡ Tanto callar es delito!

LORENZO. ¡ Tu desgracia labrarás!

ISABEL. ¡ Que me mate su rigor;
que mi silencio maldiga...
mas que no piense ni diga
que yo he manchado su honor!

LORENZO. Serénate.

ISABEL. ¡ Ya es impío
este silencio en que estoy!
¡ á él le debo cuanto soy,
y tú tambien, hijo mio!
Sin su proteccion tal vez,
Lorenzo, no existirias.
¡ Que bien recuerdo los dias
amargos de tu niñez!

Muy pobre, sin un amigo,
y cansada de sufrir,
viéndote estaba morir
sin sustento y sin abrigo.
¡En vano mi amor al ver,
pan... tu acento me pedia;
yo nada... nada tenía!...
¡ni áun lágrimas que verter!
¡Y al verme muda y sin calma,
mi angustia no comprendiendo,
no sabías que pidiendo
me desgarrabas el alma!
¡Yo era allí el solo testigo
de tu menguada fortuna!...
¡Mis brazos... eran tu cuna!...
¡tus juegos... llorar conmigo!
¡Aún veo en tu rostro impresos,
aunque esos tiempos pasaron,
los surcos que en él dejaron
mis lágrimas y mis besos!
Y al hombre que me amparó
con tan generoso modo;
á quien le debemos todo,
¿he de engañarle?... ¡No... no!
¡A tu súplica no accedo!
¡fuera infame! ¡fuera impío!
¡ya no es posible, hijo mio!
¡no puedo callar!... ¡no puedo!

LORENZO. ¡Oh! sí ¡Tú debes hacer

lo que tu alma está diciendo!
Debes hablar; lo comprendo.
¡Cumple al punto tu deber!
Pero... ¡Adios!

ISABEL. ¿Cómo? ¿Te vas?...

LORENZO. Tambien de un deber en pos.
¡Adios, madre mia; adios!
¡Ya no nos veremos más!

ISABEL. ¡Detente!

LORENZO. Si tu marido
al referirle tu labio
tal secreto, algun agravio
te dirigiera ofendido,
no dejaria que así
humillada lo sufrieses...
¡Cuando tú se lo confieses
yo no debo estar aquí!

ISABEL. ¡Eso no!... ¡Tú no te irás!
Sin tí ya, ¿qué me quedara?

LORENZO. ¡Que eres mi madre repara!

ISABEL. ¿Y sabiéndolo, te vas?

LORENZO. No has de hacerme desistir.

ISABEL. ¡Contempla mi padecer!

LORENZO. ¡Confesar es tu deber;
el deber mio... es partir!

ISABEL. ¡Me asesina tu demencia!

LORENZO. ¡Cumplo así mi obligacion!
¿Quién atiende al corazon
cuando grita la conciencia?

ISABEL. ¡Espera! (Deteniéndole.)
LORENZO. ¡Me detendré
si me prometes callar!
ISABEL. ¡No; no puedo ocultar
este secreto! (Con delirio.)
LORENZO. ¡Huiré!
ISABEL. ¿No ves mi martirio impío?...
LORENZO. ¡Calla entónces!
ISABEL. No consiento...
(Con decision.)
¡Ni una hora!... ¡Ni un momento!
(¡Silencio!)
LORENZO. (¡El Conde!)
(Viendo al Conde que aparece por el foro muy preocupado.)
ISABEL. (¡Dios mio!)

ESCENA X.

Dichos, EL CONDE.

CONDE. ¡Ah!... Lorenzo...
LORENZO. (¡Su temor
(Con ansiedad reprimida.)
la vende!...)
ISABEL. (¡Tiembla por mí!)
CONDE. Celebro encontrarle aquí.
Hágame usted el favor

de decir á Magdalena
que aquí esperándola estoy.
Se lo ruego.
(Lorenzo permaneciendo inmóvil.)

LORENZO. Al punto voy.

ISABEL. (¡Le está matando la pena!)

CONDE. En el salon de seguro
estará. (Dirigiéndose al foro izquierda.)

LORENZO. (¡No puedo más!)

ISABEL. (¡Júrame que no te irás
(A Lorenzo con rapidez.)
ántes de verme!)

LORENZO. (¡Lo juro!) (Váse Lorenzo.)

ESCENA XI.

ISABEL, EL CONDE.

CONDE. Isabel... me vas á oir,
y responde la verdad.

ISABEL. Extraño tu seriedad.
(Procurando dominar su turbacion.)
¿Qué es lo que quieres decir?

CONDE. Escucha.

ISABEL. (¡Me causa miedo!)

CONDE. No pienses al verme así
que dudo, Isabel, de tí;
¡no debo dudar!... ¡no puedo!

ISABEL. ¿Qué dices?
CONDE. El hombre honrado
que con el afan de niño
en tí cifró su cariño,
adorándote postrado;
el que siempre te amparó
y por quien tanto te afanas,
el anciano cuyas canas
nadie en el mundo manchó,
no sospecha en su agonía
que engañarle así pudieras!...
¡Aunque tú me lo dijeras
yo nunca lo creeria!
ISABEL. Pero... ¿qué sucede? ¿dí?
¿Quién de mi amor dudar puede?
CONDE. ¿Qué sucede?
ISABEL. Sí.
CONDE. Sucede...
¡que se murmura de tí!
ISABEL. ¿De mí!...
CONDE. Sí. Un amigo fiel,
en cuyas frases me fijo,
¡vela por tu honor, me dijo,
que hay quien no vela por él!
ISABEL. ¡Oh! (Con expresion.)
CONDE. Explica asunto tan grave,
dije, con voz temblorosa.
¡Pregúntaselo á tu esposa,
que mejor que yo lo sabe!

ISABEL. ¿Eso contestó?... ¡Qué espanto!
CONDE. Eso.
ISABEL. (Me siento morir.)
¡Y yo pensaba decir!...
(¡No tengo valor, Dios santo!)
CONDE. ¡Sé que es infamia sin nombre
la que á tu honor puro toca,
mas quiero oir de tu boca
qué le contesto á ese hombre!
ISABEL. ¿Qué?
CONDE. ¡Sólo son desvaríos,
pero me causan sonrojos!
ISABEL. (¿Qué poder hay en sus ojos
que me hace bajar los mios?)
CONDE. Responde.
ISABEL. ¿Qué he de decir?
¿Dudas de mi amor sincero?
CONDE. No, no dudo; pero quiero
tu contestacion oir!
ISABEL. Sólo puedo declarar,
aunque así mi angustia labras...
CONDE. ¿Qué?
ISABEL. ¡Que no tengo palabras
con que poder contestar!
Me estremecen tus agravios.
¡Mírame!... ¡Del inocente
es mucho más elocuente
la mirada que los labios!
Si tú no ves en la mia

prueba de inocencia clara,
mátame... ¡Si te faltara
eso y más mereceria!

CONDE. ¡Sí! ¡dices bien! ¡se acabó!
(Con cariñoso entusiasmo.)
¡No es justo que más exija!
¡La que hoy es madre de mi hija
no puede engañarme, nó!
Te he faltado, sin querer.
No pensaba en Magdalena...
¡tú la enseñaste á ser buena,
y un ángel tienes que ser!

ISABEL. ¡Ah!

CONDE. Mitiga tu afliccion.

ISABEL. (¿Como decirle podré?...)

CONDE. Calma... Yo confundiré
esa vil murmuracion.

ISABEL. ¿Qué vas á hacer? (Con ansiedad.)

CONDE. No te asombre;
al que me lo dijo á mí
contestaré... «Si es así
dime quién es ese hombre.»

ISABEL. ¡Dios mio! (Alterada.)

CONDE. Quiero saber
por él mismo... que me engaña.
¡Manifestará su hazaña
no pudiendo responder!

ISABEL. (¡Qué horrible angustia!)

CONDE. ¡Valor!

¿Qué tienes? (Notando el abatimiento de Isabel.)

ISABEL. Nada... (¡Ay de mí!)

CONDE. Que no te vean así.
Entra en ese tocador.
Calma tu loca ansiedad.
(Acompañándola hasta la puerta.)
Yo voy... ¡donde debo ir!
(Isabel intenta detenerle.)
¡Oh! ¡yo sabré confundir
(Por último el Conde la hace entrar en el tocador.)
esa torpe falsedad!
(Se dirige al foro donde encuentra á Isidoro y Andrés.)

ESCENA XII.

EL CONDE, ISIDORO Y ANDRÉS.

ISIDORO. Señor Conde...

CONDE. Adios, señores.

(Váse, foro.)

ISIDORO. ¡Qué seriedad! ¡La tormenta
(Desde la puerta despues de salir el Conde.)
creo que va á estallar pronto!

ANDRÉS. Allí viene Magdalena
con Lorenzo. Hablan al Conde
(Mirando al interior del foro izquierda.)
y al salon vuelven.

ISIDORO. Sospechas
(Viniendo al proscenio con Andrés.)

de él no tendrá cuando así
la acompaña.

ANDRÉS. ¿Y la Condesa
se habrá retirado ya?

ISIDORO. Aseguran malas lenguas
que el Conde está receloso,
á pesar de su reserva.

ANDRÉS. ¿Pero ella...

ISIDORO. Su ingratitud
va á pagar en toda regla.

ANDRÉS. ¿Su ingratitud? Segun eso
es verdad que Isabel era
de humilde clase.

ISIDORO. Eso ya
es cosa sabida y cierta.
Isabel entró en su casa
yo no sé si de doncella,
ó cosa así. Al poco tiempo
cayó enferma Magdalena
y dicen que la asistió
dia y noche, con tan tierna
solicitud, que la niña
quedó enamorada de ella.
El Conde al ver á su hija
sin madre, y al ver su ciega
pasion por esa mujer,
tan amante como bella,
pensó en hacerla su esposa,
logrando de esa manera

que quien entró de criada
ascendiese á ser Condesa.

ANDRÉS. Extraño mucho que el Conde
montado á la antigua escuela,
y tan rígido en principios,
se haya casado con ella.

ISIDORO. Su rigidez en cuestiones
de honor, cierto es que no encuentra
rival; no transigiria
tal vez, ni con Magdalena,
á quien ciegamente adora;
pero en su pecho se encierran
sentimientos elevados
que excluyen rancias ideas.

ESCENA XIII.

Dichos y PACO por el foro derecha; despues D. GASPAR.

PACO. Ya estamos todos aquí.
(Entrando muy agitado.)
¡Si no he dado ya mil vueltas!
Esta noche, aunque rabieis
(Encarándose con ellos.)
soy yo...

ISIDORO. ¡La devanadera
del baile!

PACO. ¡Hombre!...

ANDRÉS. ¡La peonza
del billar chino!
PACO. ¡Qué tema
me habeis tomado! ¿Es envidia
ó caridad?
ANDRÉS. Diligencia.
(Imitando con las manos la accion de correr.)
PACO. Vengo... de encargo, á saber
en qué terminó la escena
de D. Gaspar y Lorenzo.
ISIDORO. No sé. (Sin hacerle caso.)
PACO. ¡Sofía se empeña
en que lo he de averiguar!
¿Y tú? (Á Andrés.)
ANDRÉS. No. (Volviéndole la espalda.)
PACO. ¡Ya no me queda
á quien preguntar!
ISIDORO. Pues hijo,
dila que tenga paciencia.
PACO. ¡Si es un polvorin!
ISIDORO. Yo creo
que eso es una escusa de ella
para que la dejes sola.
ANDRÉS. Allí está que se las pela
(Mirando por el foro.)
hablando con quince pollos.
PACO. ¡No es verdad! (Enfadado.)
ISIDORO. Oye: ten cuenta
que Roberto está escamado

de verte con Magdalena
y va á darte un susto.

PACO. ¿A mí?
¿Por qué?

ANDRÉS. Y despues de esa escena
Sofía te va á arañar.
Conque, Paquito, ¡ojo alerta!

PACO. Ya me cargan vuestras bromas.

ISIDORO. ¡Muy bien dicho! Con tu fiera
condicion, yo no sé cómo
consientes...

ANDRÉS. Aquí se acerca
Don Gaspar.

ISIDORO. Lárgate, Paco.

PACO. Pues me gusta la manera
de echarme.

ANDRÉS. Es que nos estorbas.

PACO. Muchas gracias. ¡Si no fuera
porque ella me esta esperando
con natural impaciencia,
no me movia de aquí!

ISIDORO. Hombre, no seas jaqueca,
(Aparece D. Gaspar, foro.)
que ya está aquí D. Gaspar
y hay que hablar de cosas sérias.

PACO. Mas ¿qué digo yo á Sofía?

ANDRÉS. Que no se ponga tan tierna
con su primo.

PACO. ¡Dale, bola!

ISIDORO. Don Gaspar... (Saludando.)
GASPAR. ¿Qué? ¿le impacientan
á usted?
PACO. Sí, señor: abusan
de mi natural...
ANDRÉS. Flaqueza. (Con oportunidad.)
PACO. ¡Hombre!
GASPAR. No les haga caso:
son bromas...
ISIDORO. ¡Ten más correa,
Paquito!
PACO. ¡Hum!... Hasta despues,
Don Gaspar. (Váse foro.)

ESCENA XIV.

D. GASPAR, ISIDORO, ANDRÉS, despues ISABEL por la derecha.

ISIDORO. Ya todo queda
completamente arreglado.
GASPAR. Bien.
ANDRÉS. Las condiciones nuestras
se han aceptado.
GASPAR. Me alegro.
ISIDORO. Su serenidad me prueba
que en este lance será
suya la ventaja.

GASPAR. Es regla
en mis acciones, que nunca
me preocupen cosas sérias.
Además, ahora he tenido
un encuentro... (Con misterio.)

ISIDORO. ¿Eh?

GASPAR. No recuerdan
ustedes, aquella historia
que ayer les conté, de cierta
jóven...

ANDRÉS. ¡Ah! Sí.

ISIDORO. Ya lo creo.

GASPAR. Pues está aquí.

ISIDORO. ¿Cómo?... ¡Ella
en los salones!

GASPAR. Sí tal.

ANDRÉS. ¿La graciosa costurera?...

GASPAR. Sí, la misma que ayer ví
en aquel coche...

ISIDORO. ¿De veras?

ANDRÉS. ¿Y cómo está aquí?

GASPAR. Lo ignoro.

ISIDORO. Llévenos usted á verla,
y nosotros le diremos
quién és.

ANDRÉS. Vaya una sorpresa.

GASPAR. Yo creo que aún no me ha visto.

ISIDORO. Señora... (Saludando.)
¿Vamos? (Á Gaspar.)

GASPAR. (¡Ah!... ¡Es ella!)

(Volviéndose y reconociendo á Isabel.)

ISIDORO. Don Gaspar... (Desde el foro.)

ISABEL. (¡Es él!... ¡Dios mio!...)

(Fijándose en Gaspar.)

GASPAR. (¡Es Isabel!)

ISABEL. (¡Dadme fuerzas!)

(Apoyándose en los muebles.)

GASPAR. (Señores.)

ISIDORO. (¿Qué?) (Acercándose.)

(Con digna resolucion separándose de ellos al notar el estado de abatimiento de Isabel.)

GASPAR. (¡Nada!... ¡nada!)

ANDRÉS. A los piés de usted, Condesa.

GASPAR. (¿Qué condesa és?)

ISIDORO. (La del Valle.)

GASPAR. (¡Ah!)

ISIDORO. (¿La conoce usté?)

ISABEL. (¡Apénas puedo respirar!)

GASPAR. (¿Yo?... ¡no!)

ISIDORO. (Pues si esta es la que...)

GASPAR. (Prudencia.)

(Á Isidoro y Andrés.)

(Les suplico que me esperen
en el salon. No quisiera
que nos viesen entrar juntos.
Evitemos las sospechas.)

(Vánse Isidoro y Andrés.)

ESCENA XV.

ISABEL, GASPAR.

GASPAR. (¡Aún está hermosa!) (Contemplándola.)
ISABEL. (¡Piedad,
Dios clemente!... ¡Es él!... ¡Es él!..)
GASPAR. Celebro hallarla, Isabel,
en tan buena sociedad.
Comprendo que á tanta altura
se eleve usted de ese modo:
en el mundo para todo
se abre paso la hermosura.
ISABEL. (¡Gaspar! ¡me siento morir!)
GASPAR. La suerte la favorece,
mas todo usted lo merece.
ISABEL. ¿Qué es lo que quiere decir?
(Saliendo de su abatimiento.)
GASPAR. Que con alegría suma
la encuentro así ¿por que no?
¡Mi augurio al fin se cumplió!
¡Sube usted como la espuma!
ISABEL. ¡Oh!... ¡Calle usted! Ese agravio...
GASPAR. ¿Agravio?... No.
ISABEL. Sé su intento;
pare usted el pensamiento...
GASPAR. Isabel...

ISABEL. ¡Y cierre el labio!
GASPAR. ¿En qué ahora pude faltar?
¿Por ventura he dicho?...
ISABEL. ¡Sí!
Y si ha pensado de mí
lo que no debió pensar,
sepa que esta posicion
con la infamia no he comprado;
¡es el justo resultado
de una benéfica accion!
GASPAR. Yo no he pensado...
ISABEL. Sonrojos
me causa su audacia loca.
¡Si no lo ha dicho su boca
lo estoy leyendo en sus ojos!
Conozco su pensamiento
que bien manifiesto está.
GASPAR. Supone usted...
ISABEL. ¡Basta ya!
¡Me estremece hasta su acento!
¿Sus recuerdos... no le oprimen
al hablarme de ese modo?...
¡El tiempo lo borra todo...
ménos las huellas del crímen!
GASPAR. Serénese usted.
ISABEL. ¡Oh! No...
(En sentida expresion de amargura.)
En miserable agonía
junto á mi madre vivia

cuando usted me conoció.
Despues... ¡huyó usted de mí!...
De dolor el alma llena...
mi madre murió de pena;
¡mas no quede sola allí!
¡Quiso Dios dar un testigo
á mi dolor inclemente,
y un pobre niño inocente
quedó en el mundo conmigo!

GASPAR. ¿Eh?

ISABEL. Y en tanto que su padre
en la opulencia vivia...
¡él sin amparo moria
en los brazos de su madre!
Dando treguas al sufrir,
¿y mi padre? preguntaba;
yo... á todo, á todo callaba
no atreviéndome á decir...
«¡No le nombres, hijo mio,
»él no tiene compasion!
»¡Miéntras en este rincon
»te estás muriendo de frio
»su espantoso desenfreno
»no pudiendo contener,
»el hombre que te dió el sér,
»derrama el oro entre cieno!
»¡Olvídale!... ¡Te lo exijo!
»Si ante tus ojos te vieras,
»vergüenza y horror sintieras

»al saber que eres su hijo.»

GASPAR. (¡Oh!)

ISABEL. «Tu padre huye de tí
aunque á tu afan no le cuadre.»

GASPAR. Su padre... ¿Y quién es su padre?

ISABEL. ¡¡Jesús!! ¡Aún duda de mí!
(Reprimiendo un grito de dolor.)
¡No es posible!... Me confundo. (Con delirio.)
¿Así sus faltas compensan!...
¡Pero estos infames piensan...
que hay sólo infamia en el mundo!!

GASPAR. Yo no he dudado, Isabel,
sin razon su angustia labra.

ISABEL. ¡Oh! ¡Basta! ¡Ni una palabra!
¡Cese esa lucha cruel!
Yo olvido su infame ardid:
yo le otorgo mi perdon:
mas con una condicion,
que salga usted de Madrid.
Es necesario.

GASPAR. Señora...

ISABEL. Yo por usted he tenido
que engañar á mi marido;
él mi desventura ignora...
Su presencia, despertar
sospechas pudiera hacer,
álguien puede sorprender
lo que me importa callar.
¡Mi súplica no le asombre!

¡Entre mil tormentos lucho!

(Aparece Lorenzo, foro.)

¡Yo se lo ruego!

LORENZO. ¡Qué escucho!
¿Usted suplicando á ese hombre?

(Interponiéndose.)

ESCENA XVI.

ISABEL, LORENZO Y GASPAR.

ISABEL. ¡Lorenzo!...

LORENZO. ¿Usted de esa suerte
le ruega con agonía?
¡Ni su vida ni la mia
valen el llanto que vierte!
La infame murmuracion
que cunde puso en su boca...

ISABEL. (¡Él!)

LORENZO. Y exigirle me toca
cumplida reparacion.

ISABEL. ¡Oh! ¡No!... (Horrorizada.)

LORENZO. ¡Su accion es culpable,
y pues que lo sabe todo
no suplique de ese modo!
¡El duelo es inevitable!

ISABEL. ¡Jesús! ¡Se van á batir! (Con espanto.)

LORENZO. Qué... ¿No sabía usted?

ISABEL. ¡No!
LORENZO. ¡Y lo he descubierto yo!
ISABEL. ¡Desista usted!... (Pasando al lado de Gaspar.)
GASPAR. ¡Desistir!
¡Nunca!
ISABEL. ¡Comprenda mi anhelo!
¡Por piedad!
GASPAR. ¡Todo es en vano!
¡Me ha levantado la mano!
ISABEL. ¡Él! ¡Oh!... ¡Castigo del cielo! (Con horror.)
¡Pero usted accederá!... (Á Gaspar.)
¡Usted no sabe!... ¡Usté ignora!...
(Con delirio.)
GASPAR. Es imposible, señora.
ISABEL. ¡Por compasion!
LORENZO. ¡Basta ya!
ISABEL. ¡No!... ¡Quiero rogarle! ¡Así
labra su eterno tormento! (Á Gaspar.)
LORENZO. ¡Basta, digo!... ¡No consiento
que le suplique!...
ISABEL. ¡Ay de tí
si mi voz desoyes!
LORENZO. ¡No;
ruego inútil!... ¡Fuera mengua!
Quiero arrancarle la lengua...
¡con que, vil, la calumnió!
GASPAR. ¡Oh!
ISABEL. No!.. ¡Ved mis aflicciones, (Deteniéndolos.)
contemplad mi llanto impío!

¿Dónde hay una voz, Dios mio,
que llegue á sus corazones?!
¡Los dos habeis de llorar
(Luchando con sus ideas.)
no haber oido mi ruego!
¡Ceda vuestro orgullo ciego!
(¡No puedo... no debo hablar!)
Lorenzo!

LORENZO. ¡No: por mi nombre!
¡No espere que le rehuya!
¡si quiere, mi vida es suya,
pero no la de ese hombre!

ISABEL. ¡Yo lo quiero! ¡Yo lo exijo!
(Con firme entereza.)

LORENZO. ¡No cedo!

GASPAR. ¡Quién de eso trata!

ISABEL. ¡Gaspar!

GASPAR. ¡Jamás!

ISABEL. ¡Pues bien!... ¡mata
si te atreves á tu hijo! (Con resolucion.)

LORENZO. ¡Oh! ¡Mi padre! (Queda aterrado.)

GASPAR. ¿Eso es verdad?

ISABEL. ¡Tu sangre verter queria! (A Lorenzo.)

LORENZO. ¡Madre mia!... ¡Madre mia!...

(Gaspar ha quedado reflexivo. Lorenzo, sin reparar en la situacion ni lugar donde se encuentra, va á echarse en brazos de Isabel, pero ésta le detiene al ver á Roberto, que sale por el foro precipitadamente.)

ISABEL. ¡Oh! ¡Silencio, por piedad!

ESCENA XVII.

Dichos, ROBERTO.

ROBERTO. Lorenzo... (Entrando muy agitado.)
LORENZO. ¿Qué pasa? ¿Dí?
(Formando un grupo con él y con Isabel, separados de Gaspar, que permanece abatido al otro lado.)
ROBERTO. ¡Huye!...
LORENZO. ¡No!
ROBERTO. ¡De cualquier modo!
El Conde lo sabe todo,
y viene á buscarte aquí.
ISABEL. ¡Huye!... ¡sí! ¡mira mi llanto!
LORENZO. ¡No puedo!
ISABEL. ¡Que no te vea!
¡Por mi amor!
LORENZO. ¡Por tu amor!... ¡sea!
(Se dirige al foro.)
CONDE. Deténgase usted. (Entrando.)
ISABEL. (¡Dios santo!)
(Sensacion general.)

ESCENA XVIII.

Dichos, EL CONDE, luégo MAGDALENA, despues ISIDORO, ANDRÉS, PACO y convidados, en el foro.

CONDE. Su conducta es execrable (A Lorenzo.)
y espero... (Con tono amenazador.)

ISABEL. (¡Vírgen sagrada!...)
(Acercándose al Conde.)
¡Pablo! ¡Pablo!...

CONDE. (¡Desgraciada!)
(La rechaza bruscamente.)
(Adelantándose, al ver maltratar á la Condesa.)

LORENZO. ¡Señor Conde!

CONDE. (¡Miserable!)
(Con acento irritado.)
¿Aún tiene usted la osadía
de hablar? (Aparece Magdalena en el foro.)

ROBERTO. (¡Por Dios!... ¡Isabel!)
(Sosteniendo á la Condesa.)

GASPAR. (¡El miserable no es él!)
(Reconcentrada expresion.)

MAGDAL. ¿Por qué lloras? ¡madre mia!
(Con cariñoso sentimiento.)
¿Qué tienes? Esa afliccion...
¿Y tú tambien?... (Volviéndose al Conde.)

ISABEL. (¡Ay de mí!)

ISIDORO. ¿Qué hacen ustedes aquí

(Desde la puerta del foro, donde aparece con Andrés y Paco.)

retirados del salon?

CANDE. (¡Silencio... infame!) (A Isabel.)

MAGDAL. ¡No llores!

LORENZO. (¡Mi madre así rechazada!)

(Se oyen dentro, muy léjos, los acordes de la orquesta del baile. Algunos convidados cruzan por las puertas del foro. Isidoro, adelantándose con Andrés y Paco hasta el centro de la escena, dice el primero.)

ISIDORO. ¿Qué sucede?...

CONDE. ¡Nada!... ¡Nada!

(Dominando la situacion.)

¡Al baile!... ¡Al baile, señores!

(Cuadro animado. A la derecha forman un grupo Magdalena, Isabel y Roberto. A la izquierda Gaspar solo, abismado en sus reflexiones. Lorenzo en segundo término, dominado por la situacion. El Conde en el centro, animando á Isidoro, Andrés y Paco, que se confunden en el foro con los demás convidados.)

FIN DEL ACTO SEGUNDO.

ACTO TERCERO.

Gabinete elegante de reducidas dimensiones. Puerta cerrada al foro. A la derecha otras dos puertas; la de segundo término estará cerrada. A la izquierda balcon en primer término, cubierto con la colgadura; en segundo término otra puerta. Es de noche. En primer término derecha un sofá. En primer término izquierda un velador con un quinqué encendido: al lado un sillon ó butaca. Todos los demás muebles serán tambien de lujo. La escena debe figurar que está alumbrada sólo por el quinqué.

ESCENA I.

ISABEL; despues ANTONIA, por la segunda puerta de la derecha.

ISABEL. ¡Qué horrible noche! ¡Por fin
(Sentada junto al velador.)
estoy sola!... ¡Cuánto ansiaba
este instante! Magdalena
no saldrá ya de su estancia.
¿Y Antonia? (Levantándose.)
¡Va á amanecer
y no vuelve! (Con ansiedad.)
Cuánto tarda.
¿Habrá ido Jaime á buscarle?...

Esta impaciencia me mata.

(Breve pausa.)

El Conde se ha recogido
sin decirme una palabra,
aunque algo triste y siniestro
me reveló su mirada.
¡Dios mio!... ¿Cómo en un dia
pueden caber penas tantas?

ANTONIA. Señora...

(Entrando con sigilo, cierra la puerta, echando la llave.)

ISABEL. ¡Gracias á Dios;
impaciente te esperaba!

ANTONIA. En este momento vuelve
mi marido de su casa.

ISABEL. ¿Y no ha visto á mi Lorenzo?...

ANTONIA. Sí, señora.

ISABEL. ¿Y bien?... acaba...
¿qué le ha dicho?

ANTONIA. Que vendrá.

ISABEL. ¡Ay! (Respirando libremente.)
¡Antonia! ¡Gracias! ¡Gracias!

ANTONIA. Mi buen Jaime, que le quiere
tanto como yo, á esta sala
le he dicho que le conduzca
por la escalerilla falsa
que da á ese pasillo.

(Señalando la segunda puerta de la derecha, que es por donde ha entrado.)

ISABEL. Bien.
¡Cuánta alegría me causas!
Cuando salimos del baile
te lo confieso ¡temblaba
por su vida!... mas ya no,
¡viniendo no me acobarda!
ANTONIA. ¿Por su vida?...
ISABEL. Su carácter
conozco; y han sido tantas
las amarguras de ayer,
que hasta temí que intentara
cualquier locura... ¡Ay, Antonia,
sólo pensarlo me espanta!
ANTONIA. Vamos, señora...
ISABEL. Por eso
quiero que venga. Él me ama
y hará lo que yo le diga.
ANTONIA. Quiera Dios que con bien salga.
Habiendo vuelto el señor,
su visita es temeraria.
ISABEL. ¿Y qué he de hacer? ¡Es mi hijo!
¿Podria yo estar con calma
ni una hora, ni un momento
sin saber?... ¡No; no! ¡Se trata
quizá de su vida!... (Con delirante cariño.)
¡Y yo...
no puedo dejar que parta
sin darle mi adios postrero!...
¡Será su ausencia tan larga!

ANTONIA. Es verdad. (Enjugando una lágrima.)
ISABEL. Mi buena Antonia,
tú, que sabes mis desgracias,
que asilo secreto hallaron
en tu honradez y en tus canas;
tú, que eres madre tambien,
respóndeme... ¿no arrostraras
las iras del mundo entero,
si lograses, arrostrándolas,
poder librar de un peligro
al hijo de tus entrañas?
ANTONIA. ¡Oh! ¡sí!
ISABEL. Pues ese es mi anhelo.
¡Venga Lorenzo á mi casa:
véale... y muera despues!
Tú le abrirás; mas sé cauta:
por Dios... que nadie se entere.
ANTONIA. Confíe en mí.
ISABEL. Lo sé... ¡Calla!
Aquí viene Magdalena.

ESCENA II.

Dichas, MAGDALENA por la puerta primera de la derecha.

MAGDAL. ¿Cómo es eso? ¿Aún levantada?
(Entrando en traje de casa.)
ISABEL. Ahora me iba á recoger.

¿Y tú? Yo pensé que estabas
durmiendo ya.

MAGDAL. No he podido
pegar los ojos. Me asaltan
no sé qué vagos temores.

ISABEL. ¿Por qué, hija mia? Descansa.
Vamos... retírate ya.
Debes estar fatigada.

MAGDAL. No: déjame, quiero hablarte,
madre mia.

(Con cariño, haciendo á Isabel que se siente con ella en el sofá.)

Que se vaya
la pobre Antonia, si quiere.

ANTONIA. ¿Para qué? No estoy cansada.

ISABEL. Pero bien... ¿Qué es lo que buscas?

MAGDAL. Que seas conmigo franca:
que me cuentes la verdad.

ISABEL. ¿De qué?

MAGDAL. Dime, ¿por qué causa
papá, que tanto te quiere,
te dijo aquellas palabras
cuando salimos del baile?
¿Por qué despues á su estancia
se ha retirado sombrío,
marcándose en sus miradas
las profundas impresiones
que está padeciendo su alma?
¿Qué sucede, madre mia?

papá? dímelo.

ISABEL. Por nada;
no hay tal enojo, hija mia.

MAGDAL. No me niegues lo que salta
á la vista. Yo lo oí
cuando volvimos á casa,
decirte quedo, muy quedo,
frases que helaron mi alma.

ISABEL. ¿Que le oiste?...
(Con ansiedad.)

MAGDAL. Sí.

ISABEL. (¡Dios mio!)

MAGDAL. No adivino por qué causa
se enoja así ¡Tú no puedes
haberle faltado en nada!
¡Tú eres muy buena! ¡muy buena!
Sería casi una infamia
suponer en tí maldad.
¡Él mismo así lo declara!
Más de mil veces me ha dicho:
«¡Sí, hija mia! ¡Es una santa!
»ámala mucho!» Ya ves...
¡Y aunque él no lo confesara
yo nunca sospecharia
que en tí cupiese tal falta!

ISABEL. ¿Verdad que sí? Tú no crees...
(Con ternura y animacion.)
no puedes creer que... ¡En tu alma
no cabe ese pensamiento!

¡Oh! ¡ven... ven!
(Abrazándola y besándola con maternal cariño.)
¡Manchar sus canas,
yo... que todo se lo debo!
¡no es posible... no! (Con delirio.)

MAGDAL. Me espantas.
Serénate. Tú no sabes
todo el daño que me causas.

ISABEL. (Dominando la situacion con aparente serenidad.)
No, hija mia, no... Te digo
que sin motivo te alarmas.
Nada ocurre, ya lo ves...
estoy... tranquila.

MAGDAL. Bien, basta; (Con alegría.)
quiero creerte... y te creo.

ISABEL. (¡Qué ansiedad!)

MAGDAL. Oye: son tantas
las cosas... que he de decirte,
(Con inocente rubor.)
digo... de tanta importancia!
¿No ves qué contenta estoy?
¿Tú no sabes lo que pasa?
Pues pasa... ¡Si es que me da
vergüenza...

ISABEL. Vamos... acaba. (Impaciente.)

MAGDAL. Ayer... á ver á papá
estuvo Roberto en casa,
yo... no sé de que hablarian;
es decir... sé que trataban

de... ¡eso es! Y luégo... luégo
papá me halló en esta sala
y me preguntó: ¿Tú quieres
á Roberto?— ¿Yo?—Sé franca,
me dijo... y yo contesté,
le amo... con toda mi alma. (Con rapidez.)
¿Eso no es malo, verdad?

ISABEL. No, hija mia.

MAGDAL. (Con inocente resolucion.) Pues bien, basta
de explicaciones, ¡Muy pronto...
seré muy feliz!

(Echándose en sus brazos para ocultar su rubor y alegría.)

ISABEL. ¡Con cuánta
ansiedad lo anhelo!

MAGDAL. Bueno;
pues entónces... ni más lágrimas
ni más disgustos. ¡Un beso,
y se acabó!

ISABEL. (¡Cuánto tarda!)
(¿Que habrá ocurrido?)

ANTONIA. (Señora:
(Acercándose á Isabel.)
aléjela de esta sala:
puede venir Don Lorenzo.)

ISABEL. Ya es tarde: estamos cansadas
y debemos recogernos,
Magdalena.

MAGDAL. Sí; descansa.

Mas no me aparto de tí:
me voy contigo á tu estancia.

ISABEL. Lo que tú quieras. (Antonia...)

ANTONIA. (Yo avisaré.) (A Isabel.)

(Váuse Isabel y Magdalena por la primera puerta derecha.)

Desgraciada.

ESCENA III.

ANTONIA; EL CONDE por la izquierda.

CONDE. (Entrando pausadamente despues de haber visto que se retiraban Isabel y Magdalena.)
Antonia...

ANTONIA. ¡Eh!... ¡Señor!... ¿usted?...
(Volviéndose asustada.)
(¡Qué contratiempo!)

CONDE. ¿Te extraña
verme por aquí á estas horas?

ANTONIA. Sí, señor... y no sin causa...
Como usted nunca acostumbra...

CONDE. Pues sólo á tí te buscaba.

ANTONIA. ¿A mí?...

CONDE. No tiembles.

ANTONIA. Señor...

CONDE. ¡No finjas sorpresa vana!

Respóndeme, y ten en cuenta
que si la verdad declaras
y me lo confiesas todo,
yo te perdono la infamia...
¡la maldad!... Pero... ¡ay de tí;
si te obstinas en callarla!

ANTONIA. (¡Dios mio!) ¿Y qué he de decirle
yo?

CONDE. Miéntras mi ausencia... en casa
ha entrado un hombre de noche.

ANTONIA. ¡No es verdad!

CONDE. ¡Infame!... ¡calla!...
Lo sé bien: y no soy yo
el único que esa hazaña
sabe ya. Todo Madrid
la conoce... y la propala.
Circula de boca en boca
menoscabando mi fama,
y los constantes murmullos
que esos rumores levantan,
son los ecos lastimeros
que mi limpio honor desgarran.

ANTONIA Señor...

CONDE. Tú lo sabes todo:
no lo niegues... Vamos... habla.
¿Quién es ese hombre?

ANTONIA. Si aquí
no entra nadie.

CONDE. ¡Ya se acaba

mi paciencia! Dílo al punto.

ANTONIA. Pero señor...

CONDE. ¡No me engañas!
¡Si digo que lo sé todo!
¡Él viene de madrugada!

ANTONIA. No, no señor.

(Se oyen dentro dos golpes en la puerta segunda de la derecha, Antonia comprime un grito y queda aterrada.)

¡Ah!... (¡Jesús!)

(Momentos de expresivo silencio dentro, despues de repetir los golpes en la puerta.)

LORENZO. (Dentro.) Antonia...

CONDE. (Cogiéndola del brazo y bajando mucho la voz.)
¡Niega tu infamia!
¡Esa es la señal!... No hay duda.

ANTONIA. ¡Perdon, señor! pero...

CONDE. ¡Basta!

(Sin soltarla y acercándose con ella al velador.)

¡Haz al punto lo que diga! (Apaga la luz.)

ANTONIA. ¿Qué es eso?... ¡la luz apaga!...

CONDE. ¡Calla!...

ANTONIA. Señor...

CONDE. ¡Calla, digo!
¡Ni un grito!... ¡ni una palabra!
Ábrele como si yo
tu maldad no presenciara,
¡ó de aquí no sales viva!
¡Te lo juro!

ANTONIA. (¡Vírgen Santa!)

(Antonia se dirige recelosamente á abrir la puerta y entra Lorenzo; la escena permanece en la mayor oscuridad.)

ESCENA IV.

Dichos y LORENZO.

LORENZO. (En voz baja, entrando con precaucion.)
¿Eres tú, Antonia?

ANTONIA. Yo soy. (Con temor.)

LORENZO. Dí á tu ama que estoy aquí.

(Antonia se dirige á la primera puerta de la derecha. El Conde la detiene, para que no pueda avisar á Isabel y la dice muy bajo, pero con tono imperioso.)

CONDE. (¡Por aquí no!... ¡Por allí!
(Marcando la puerta de la izquierda.)
¡Trae luces!)

ANTONIA. ¡Eh! (Asustada.)

LORENZO. ¿Qué? (Escuchando.)

ANTONIA. (Dominada por su turbacion, pero con aparente serenidad.)
Ya voy.

(Váse por la izquierda.)

ESCENA V.

LORENZO, EL CONDE; despues ANTONIA por la izquierda con luces.

CONDE. (¿Con tan torpe villanía
pagas, Isabel, mi amor?)

LORENZO. (¡Entrar como un malhechor
á ver á la madre mia!)

CONDE. (¡Ella... el ángel de mi fe,
¡mi bien! ¡mi encanto! ¡mi todo!
¡ella... arrastrar por el lodo
el honor que la entregué!...)

LORENZO. ¡No me abandones, valor!
Corazon mio... ten calma.
Madre... madre de mi alma,
¡cuánto me cuesta tu amor!

CONDE. (¡Nada queda que respete!
¿Y este hombre mi amigo ha sido?)

LORENZO. (¡Ella viene!)

(Aparece Antonia con un candelabro encendido. Lorenzo al ver inmóvil al Conde, comprime un grito y queda aterrado.)

¡Me han vendido!

¡Oh!

CONDE. ¡Silencio! (Con imponente autoridad.)
Antonia... ¡vete!

(Señalándole la puerta de la izquierda. Antonia se retira lentamente.)

ESCENA VI.

LORENZO Y EL CONDE.

(Con viva expresion, pero sin alzar la voz hasta el fin de la escena.)

CONDE. Quien huye la luz del dia
cuando su razon se ofusca,
y como usted sombras busca
que amparen su villanía,
sépalo sin vano alarde,
y fije bien su atencion,
es un infame ladron,
y sobre todo... ¡un cobarde!

LORENZO. Señor Conde...

CONDE. No, no quiero
callar. Su maldad es cierta.
¡A tal hora y por tal puerta
no entra ningun caballero!...

LORENZO. ¡Oh!

CONDE. Tan sólo un vil la allana.
La casa del hombre honrado
es un templo que el malvado
cuando lo pisa profana.
Y pues le trajo su idea
por esa puerta fatal,
saldrá... por la principal
y cuando el mundo le vea.

Mas sus intentos villanos
con eso no logrará...
¡saldrá... sí, pero saldrá
cuando haya muerto á mis manos!

LORENZO. ¡Oh! sí; ¡la muerte merezco
y en ella cifro mi bien!
¡Máteme usted!... ¡Yo tambien
esta existencia aborrezco!
No infunde en mi alma temor
un bien que busco anhelante,
mas no piense ni un instante
que yo he manchado su honor.
¡No cabe en mí la doblez
de traiciones tan villanas!
¡Yo me humillo ante esas canas
donde brilla la honradez!
¿Y puede usted presumir
que á profanarlas me atrevo?
Yo le respeto y le debo...
¡lo que no puedo decir!
Máteme... no me intimida
la muerte en esta jornada.
¡Pago mi deuda sagrada
ofreciéndole mi vida!

CONDE. ¡Me estremece oirle hablar!
¿Usted deberme?... ¡qué error!
Yo le debo... el deshonor,
y voy mi cuenta á saldar!
Sus frases mi enojo excitan

y más mi rencor atraen,
¡las manchas que en la honra caen
sólo con sangre se quitan!
Y si ha pensado su afan
al verme, inútil anciano,
que para ahogarle... á mi mano
las fuerzas le faltarán,
piense usted, con más sosiego,
que es volcan mi cabellera!...
¡Si hay mucha nieve por fuera,
hay por dentro mucho fuego!

LORENZO. Sí, de mi infamia es testigo
y dudar fuera flaqueza.
¡Yo bajaré la cabeza
al recibir el castigo!
Lo espero. Venga al instante;
sea una vez inhumano,
que yo besaré la mano
que haya puesto en mi semblante!

CONDE. ¡Esto más!

LORENZO. Lo sufro todo.

CONDE. Ya mi paciencia se apura.
¿Ha pensado por ventura
desarmarme de ese modo?
¡No aumente mi indignacion!

LORENZO. ¡Contra usted yo nada puedo!

CONDE. ¿Eso es compasion ó miedo?

LORENZO. ¡Respeto... y veneracion!

CONDE. ¡De ira mi pecho se abrasa!

¿Respeto ha dicho?

LORENZO. ¡Sí á fe!

CONDE. Entónces... ¿qué busca usté
á estas horas en mi casa?

LORENZO. Señor Conde...

CONDE. Esa mujer...
¿qué es para usted?...

LORENZO. ¡Lucha horrible!
Es... no puedo, no es posible!

CONDE. Ha de hacerme enloquecer.
¿Qué es para usted, hombre impío?
¡No sienta temor profundo! (Aparece Isabel.)

LORENZO. (Con un arrebato de cariño.)
¡Lo que más amo en el mundo!

CONDE. ¡Ah! ¡miserable! (Ciego de ira.)

ISABEL. (Interponiéndose.) ¡Hijo mio!

(Isabel da un grito desgarrador, escudando con sus brazos á Lorenzo, al ver que furioso el Conde iba á arrojarse sobre él. Lorenzo permanece un momento en sus brazos. El Conde queda anonadado al oir la frase «hijo mio.» En este momento se abre la puerta del foro y aparece en ella Roberto con una carta en la mano. Estúdiese bien esta situacion.)

ESCENA VII.

ISABEL, LORENZO, EL CONDE, ROBERTO.

CONDE. ¡Él... su hijo!

LORENZO. ¿Qué has hecho?... ¡Dí!

ISABEL. ¡Nada ya en mi alma se esconde!

(Pausa: Roberto se adelanta.)

ROBERTO. No extrañe usted, señor Conde,
verme á estas horas aquí.
Fácil es de comprender,
áun ántes que yo lo diga,
que para hacerlo me obliga
un imperioso deber.

CONDE. Hable usted.

ROBERTO. Sin más testigo
cuando el baile terminó,
Don Gaspar Mendoza habló
breves instantes conmigo
de asuntos de trascendencia,
y despues, sin decir nada,
retiróse á su morada
muy tranquilo en la apariencia.
De él un aviso apremiante,
cuando á mi casa volví,
con sorpresa recibí,
llamándome. Yo al instante
salí, con ánsia visible,
porque el caso sospeché,
y al hallarlo... me encontré
con una desgracia horrible.

ISABEL. ¡Acabe usté!

ROBERTO. Atormentado
por un agudo pesar...

LORENZO. ¿Qué?

ROBERTO. Señora... Don Gaspar
contra su vida ha atentado.
LORENZO. ¡Mi padre!
CONDE. ¡Oh!
(Breve pausa.)
ROBERTO. Me acerqué á él,
y con esfuerzo prolijo...
lleve esta carta, me dijo,
sin perder tiempo á Isabel.
Nada el reposo le quite,
que aunque hora avanzada es ya,
con esta carta quizá
alguna desgracia evite.
Su órden, que en dudas me abrasa,
cumplo así.
CONDE. Mas... ¿Don Gaspar...?
(Lorenzo va á salir, y al oir á Roberto se detiene aterrado.)
ROBERTO. Acababa de espirar
cuando salí de su casa.
LORENZO. ¡Oh!
ISABEL. (¡Jesús!)
LORENZO. (¡Yo desvarío!)
ROBERTO. Que me perdonen les ruego
la visita. Aquí le entrego
su carta.
ISABEL. (¿Qué hacer?)
LORENZO. (Echándose en brazos de Roberto.)
¡Dios mio!

ISABEL. (Acercándose lentamente al Conde, y entregándole la carta.)

Pablo.

CONDE. No; lea, Isabel.

ISABEL. ¿Yo?

CONDE. Sí.

ISABEL. (¡Valor, corazon!)

(Leyendo casi sin poder articular una frase.)

« Cual justa reparacion
» de un crímen... torpe... y cruel...
(¡No puedo!... siento sonrojos!...
¡En vano busco la calma!
¡De la tempestad del alma
cruzan nubes por mis ojos!)

(Se esfuerza otra vez por continuar leyendo, y no puede. Lorenzo la contempla con dolor, se adelanta y coge la carta de manos de Isabel. Ésta se apoya en el sofá. El Conde sigue abatido en el sillon. La expresion, sentimiento y pausas que deben hacerse en la siguiente carta sería inútil anotarlas: quedan confiadas al buen talento del actor.)

LORENZO. (Leyendo.) « Cual justa reparacion
» de un crímen torpe y cruel,
» en tan solemne ocasion
» yo debo darle, Isabel,
» mi postrer explicacion.
» Hoy que mi fin llegar siento,
» no extrañe verme cambiado;
» en tan terrible momento
» hasta al sér más depravado

» lo cambia el remordimiento.
» Dios sabe, pues ve mi suerte,
» que es verdad lo que sin calma
» escribe mi mano inerte...
» ¡ No sabe mentir el alma
» que ve tan cerca la muerte!
» Hoy al lado de su esposo,
» de ese anciano generoso,
» mi vida, que me da hastío,
» hace imposible el reposo
» de usted y del hijo mio.
» Los dos con el alma herida
» llorais crímenes ajenos;
» pagando en esta partida
» todas mis deudas, ¿qué ménos
» os he de dar que la vida?
» Ante vuestro bienestar,
» venturoso me someto:
» mas ya que voy á espirar,
» quiero á los dos confesar
» mi delito por completo.
» ¡ Mi falta, que juzgo impía,
» que hoy espantado abomino
» por causar vuestra agonía,
» empezó por ser un día...
» una apuesta de *Casino!*
» ¡ Los que, con tal proceder,
» juegan por entretener
» su ocio, con desdén profundo,

» con lo más santo del mundo!...
» ¡con la honra de la mujer!
» ¡en sus convicciones fijas
» jamás advertir supieron
» entre mil ánsias prolijas,
» que todos madres tuvieron
» y que pueden tener hijas!
» Deja este consejo dar
» á tu padre moribundo,
» que por castigo ejemplar
» al abandonar el mundo
» no te puede ni abrazar.
» De mi vida los despojos
» apénas siento latir,
» y no tengo en mis enojos
» ni quien me cierre los ojos
» cuando acabe de morir.
» ¡No puedo más!... ¡siento frio!
» ¡Sed muy felices los dos,
» y perdonad mi extravío!
» ¡Adios... por siempre, hijo mio!
» ¡Adios... Isabel!... Adios!»

(Momentos de doloroso silencio. El Conde permanece sentado y reflexivo en el sillon. Lorenzo, al contemplar el vivo dolor de Isabel, se acerca á ella, que, haciendo un esfuerzo por dominar la situacion y aparecer serena, indica con suplicante accion á Lorenzo y Roberto que se retiren, que desea hablar á solas con el Conde. Lorenzo vacila: Roberto, comprendiendo la intencion de Isabel, indica tambien á Lorenzo que deben retirarse. Am-

bos lo hacen silenciosamente por la puerta de la izquierda. Isabel, al verse sola, se acerca lentamente al Conde, arrodillándose á sus piés.)

ESCENA VIII.

ISABEL Y EL CONDE.

ISABEL. Ya que en tal declaracion
escrita mi historia ves,
quiero postrada á tus piés
hacerte mi confesion.
No trato la culpa mia
de aminorar, ni pudiera,
¡miéntras menor la creyera
más y más la aumentaria!
Falté... Declaro mi error,
y hoy su recuerdo me asalta;
fuí culpable, y esa falta
la hizo el silencio mayor!
Yo, de tu ventura ansiosa
te lo debí confesar
sin reparo, al aceptar
el dulce nombre de esposa.
Vencer quise mi rubor
y contarte mi extravío,
mas pensé en el hijo mio

y ya...¡me faltó valor!
Tu rigidez conocía
y con motivo sobrado
sospeché que mi pasado
disculpa en tí no hallaría.
En tanto mi hijo habitaba
en un mezquino rincon,
y eras tú la salvacion
única que nos quedaba.
Comprende tú que eres padre
mi situacion angustiosa...
¡no disculpes á la esposa!...
¡pero perdona á la madre!
Hoy mi timidez desprecio
y que obré mal he advertido:
yo he faltado, y no he debido
ser dichosa á tanto precio.

(Breve pausa.)

(Con natural rubor y sentimiento.)

El hombre que me engañó,
que en tal tormento me pone,
y á quien el Cielo perdone
como le perdono yo;
calmó en momento espantoso,
las penas que me asediaban;
¡horas tan sólo faltaban
para que fuese mi esposo!
Él, con celo incomparable,
nuestra pobreza amparó;

él á mi madre libró
de una muerte inevitable;
yo ví en él un noble amigo
sin comprender su asechanza,
y esa ciega confianza
fué mi culpa y mi castigo.
Eso es todo. Mi conciencia
libro así de un peso horrible...
Ahora... ¡sé juez inflexible,
y pronuncia mi sentencia!

ESCENA IX.

Dichos, MAGDALENA por la primera puerta de la derecha.

CONDE. Levanta... (Conmovido.)

MAGDAL. (Entrando y corriendo hácia los dos.)
Mamá... ¿Qué veo?
¿Tú tambien? (Dirigiéndose al Conde.)
¡Gracias á Dios
que estais unidos los dos!
¡Ese es mi mayor deseo! (Con alegría.)

CONDE. Hija!...

MAGDAL. ¡Nunca me equivoco!
Con que... ¿no estais enojados?
En vosotros los enfados
tienen que durar muy poco.

CONDE. Magdalena...

MAGDAL. (Al Conde enfadada con inocente gracia y colocándose entre los dos.)

¡Bien está!...
Tengo que reñirte.

CONDE. ¿A mí?

MAGDAL. ¡Tú tienes la culpa; sí!
¿Por qué enojaste á mamá?

CONDE. ¿Yo?...

MAGDAL. No pienses que me engaño.
Antes, tú á mí no me viste,
mas yo oí que le dijiste
cosas... que me hicieron daño;
¡sí tal!

ISABEL. ¡Por Dios, Magdalena!...

MAGDAL. ¡Que está mal hecho te digo!
(Volviéndose cariñosamente á Isabel.)
¡Enojarse así contigo...
contigo... siéndo tan buena!
Pero en fin, ¡ya se acabó!
(Con alegría.)
Me extraña que se exaspere
porque yo sé que él te quiere
tanto... ¡quizá más que yo!
Y es muy justo agradecerte
tus desvelos cariñosos.
¡Si por tí somos dichosos
cómo dejar de quererte?

ISABEL. ¡Oh! (Abrazándola con ternura.)

CONDE. (¡Pobre niña!)
MAGDAL. Él así
feliz vive y sin temor;
tiene hogar... y tiene amor
¡y todo lo debe á tí!
A tí, por quien sin doblez
goza tan risueña calma,
á tí... ¡la luz de su alma,
y el ángel de su vejez!
¡Míralo!... ¡Deja el rubor!
¡Aunque fingir quiera enojos,
veo brillar en sus ojos
todo el fuego de su amor!
CONDE. (¡Qué horrible lucha!)
ISABEL. (¡Jamás
sentí martirio tan cruel!)
MAGDAL. Eso con respecto á él,
porque yo... ¡te debo más!
Muy niña, sin otro lazo
ni otro amparo que su amor,
buscaba en vano el calor
que da el maternal regazo;
y al ver que á tanta querella
mi madre no respondía,
con mi llanto, parecía
que preguntaba por ella!
Entónces te conocí
y en mi vida olvidaré
que digno reemplazo hallé

á la que el sér la debí.
Hoy me dan su amor profundo,
dos madres con santo anhelo;
¡si una la tengo en el Cielo,
otra me queda en el mundo!
¡Una por su Magdalena
está junto á Dios rogando,
otra aquí me está enseñando
á ser honrada y ser buena!
A ella le debo en rigor
la vida y el sér que llevo...
¡pero á tí en cambio te debo
el ser del alma!... ¡el amor!

ISABEL. (¡Ah!) (Con tierno sentimiento.)

CONDE. ¡Hija! (Conmovido.)

MAGDAL. No me sonrojo
de decirlo, ¡madre mia!...
(Volviendo su mirada hácia el Conde que aún sostiene abatido la lucha de encontrados sentimientos.)
Mas ¿qué es eso? ¿Todavía
continúa vuestro enojo? (Al Conde.)
¡Mi eterna desdicha labras
con tan cruel desengaño!

CONDE. (¡Infeliz!... ¡No sabe el daño
que me causan sus palabras!)

MAGDAL. ¡Vaya... si es ya terquedad!

ISABEL. (¡Qué instantes más angustiosos!)

MAGDAL. Sois los dos muy rencorosos
y esa es mala cualidad.

Los dos el afan presente
romper juzgais oportuno,
y no os atreveis ninguno
por vanidad solamente.
Estais haciendo aumentar
mis temores y mis penas.
¿Qué saben las almas buenas
si no saben perdonar?
¡Qué? ¿aún no estais satisfechos?
Vaya... ¡estrechad vuestros lazos!
¡Dejad que digan los brazos
lo que sienten vuestros pechos!

(Viendo que vacilan aún y no sabiendo ya qué decirles.)

¡Yo más... ya no sé explicar!...
¡Vírgen mia!... ¡inspírame!

(Con sentida expresion.)

¡Bien! ¡Bien lo que es hoy... ¡ya sé
que quereis verme llorar!

(Al Conde sollozando.)

¡No me ama quien eso hace!

CONDE. ¿Qué dices?... ¿No amarte yo!...

(Va á abrazarla y Magdalena se retira.)

MAGDAL. ¡Si ahora no es á mí!... No! No!
¡Si quieres que yo te abrace,
con todo mi corazon
pondré fin á la querella...

(Abrazándose á Isabel.)

mas ven á los brazos de ella!

¡Ven!

CONDE. (Con efusion abriendo los brazos á Isabel.)

¡Isabel!...

ISABEL. (Echándose en ellos impulsada por Magdalena.)

¡Ah! ¡perdon!

(Magdalena demuestra su alegría. Isabel dice bajo al Conde con acento muy expresivo.)

ESCENA ÚLTIMA.

Dichos, LORENZO Y ROBERTO por la izquierda.

MAGDAL. ¿Qué veo? ¡Roberto aquí
con Lorenzo!

ROBERTO. (Ya has oido)...

(A Lorenzo al salir.)

CONDE. Despues del baile han venido
acompañándome.

MAGDAL. ¿Sí?

ROBERTO. Y sepa usted, señor Conde,
que Lorenzo, á quien he hablado,
mi comision ha aceptado,
y parte mañana.

ISABEL. ¿A dónde? (Con zozobra.)

ROBERTO. Muy cerca. Pronto, Condesa,
le volveremos á ver. (Al Conde.)
Mi buen padre al fallecer
me hizo dueño de una empresa
de ferro-carriles.

CONDE. Sí.

ROBERTO. Terminar la línea quiero,
y es fuerza que un ingeniero
vaya á dirigirla allí.
CONDE. ¿Y es Lorenzo?
ROBERTO. Sí, señor.
Mi empeño no desairando,
me favorece, aceptando
el cargo de Director.
Mas con todo, eso no quita
que si de tiempo dispone,
y si el Conde no se opone,
nos haga alguna visita.
CONDE. Yo de su amistad lo exijo
y espero que volverá,
porque aquí... siempre será
recibido... como un hijo!
LORENZO. Señor Conde...
(Demostrando su agradecimiento.)
ISABEL. ¡Ah!
(Aparte á Roberto formando otro grupo á la izquierda.)
MAGDAL. (¿Le has hablado?
ROBERTO. Y dijo con alegría
que muy pronto lograría
lo que tanto he deseado!
MAGDAL. ¿De veras?... ¡cuánta ventura!...)
CONDE. (Parta usted; bien hecho está; (A Lorenzo.)
el tiempo marchitará
en su rostro la hermosura,

y esa vil murmuracion
hará que pronto se olvide:
hoy su honor... á los dos pide
tan triste separacion!)
(Acercándose á Isabel.)
(Vuelva entónces cuando quiera
y sus goces serán ciertos;
que con los brazos abiertos
una madre aquí le espera!

ISABEL. ¡Oh!... ¡gracias! (Con sentida expresion.)

LORENZO. ¡Gracias!

(Cogiendo la mano del Conde y besándola con respetuoso agradecimiento.)

MAGDAL. (¿Qué dices?

ROBERTO. Logro cuanto apetecí!...)

MAGDAL. (Corriendo hácia Isabel y abrazando á ella y al Conde.)

¡Ay madre mia!... ¡Ahora sí
que vamos á ser felices!

(Isabel, el Conde y Magdalena en el centro forman un grupo. Lorenzo se echa en brazos de Roberto.)

FIN DEL DRAMA.